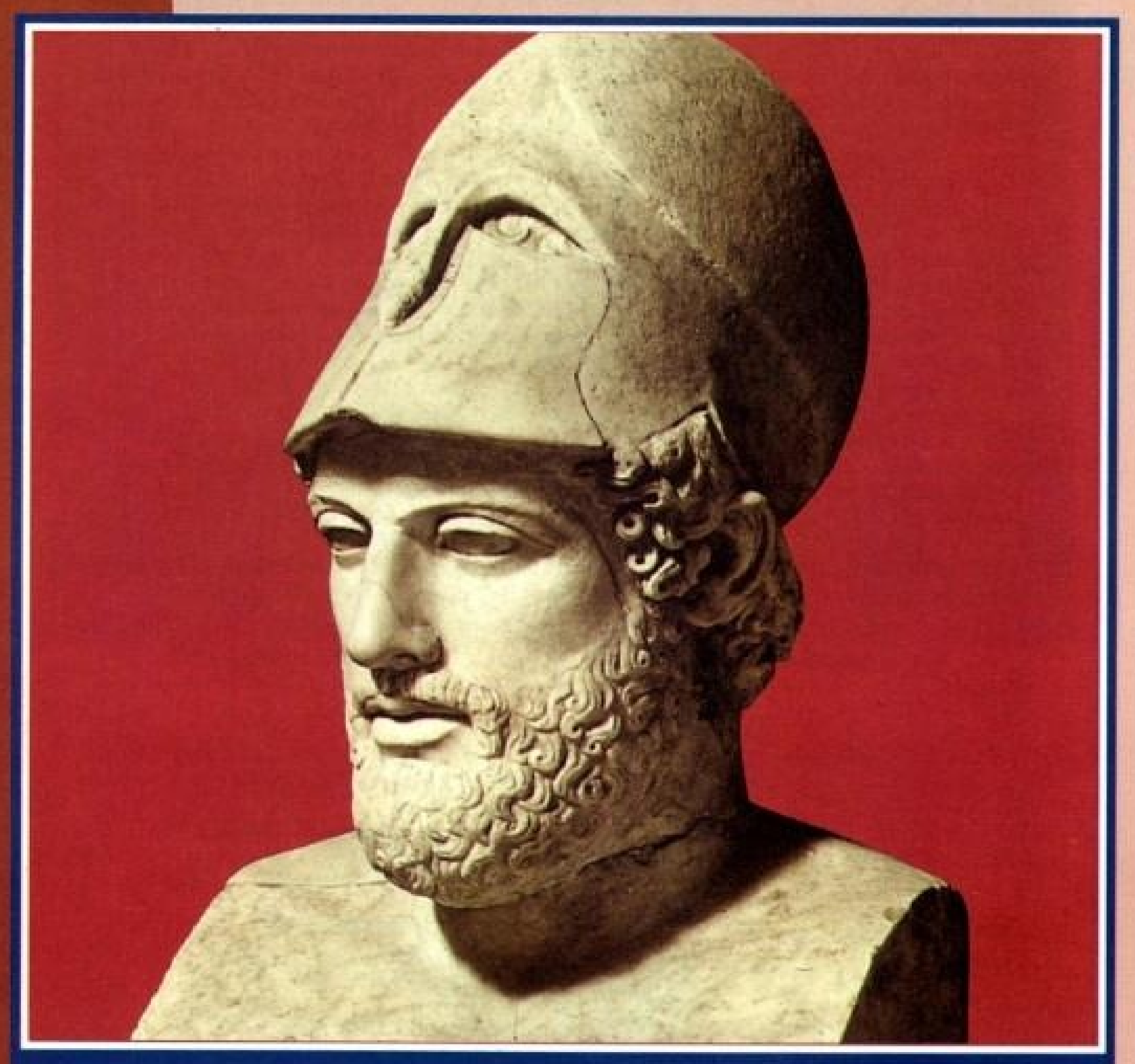
Cuadernos

Historia 16



Pericles y su época

A. Blanco Freijeiro, M. S. Ruipérez y M. A. Elvira

68

Hay períodos en la vida de los pueblos que quedan reflejados en las páginas de la Historia como épocas de esplendor y plenitud. La segunda mitad del siglo V a. C. es, para la Grecia clásica, ese período áureo. Un hombre, Pericles, y una ciudad, Atenas, resumen las virtudes y defectos de un sistema político, económico y cultural que consagra la hegemonía ateniense sobre la Hélade y que no sin razón ha sido denominado el *Siglo de Pericles*.

El presente *Cuaderno* estudia la Atenas de esos años como potencia imperial, como comunidad política y ciudadana y como centro de un movimiento cultural de importancia fundamental para la Antigüedad clásica.

Lectulandia

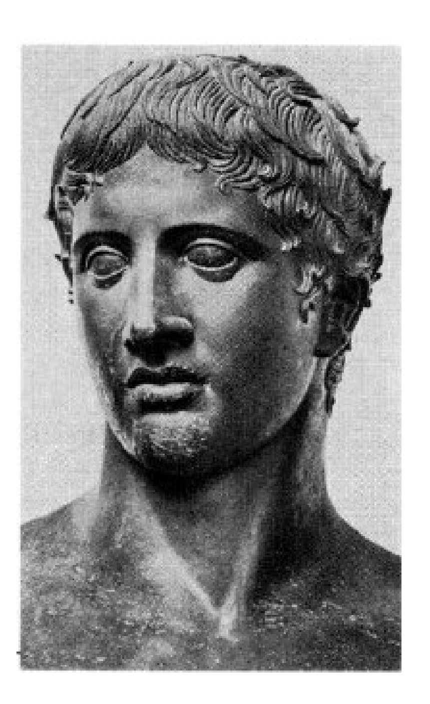
AA. VV.

Pericles y su época

ePub r1.0
Titivillus 25.03.17

AA. VV., 1996
Ilustración de cubierta: En portada, Pericles (detalle de un busto de Krésilas, hacia el año 429 a. C., Museo Vaticano)

Editor digital: Titivillus
Tratamiento de imágenes: Colophonius
ePub base r1.2



Cabeza del doríforo de Policleto, una de las esculturas más famosas de la época de Pericles (copia romana del siglo I. a. C., Museo Nacional de Nápoles)



Esquina N. O. del templo de Atenea, en Egina, que data del 500 a. C.

La democracia ateniense

Antonio Blanco Freijeiro
Real Academia de la Historia

Hay períodos en la vida de los pueblos que quedan reflejados en las páginas de la Historia como épocas de esplendor y plenitud. La segunda mitad del siglo V *a. C. es, para la Grecia clásica, ese período áureo. Un hombre, Pericles, y una ciudad, Atenas, resumen las virtudes y defectos de un sistema político, económico y cultural que consagra la hegemonía ateniense sobre la Hélade y que no sin razón ha sido denominado el* Siglo de Pericles.

El presente Cuaderno *estudia la Atenas de esos años como potencia imperial, como comunidad política y ciudadana y como centro de un movimiento cultural de importancia fundamental para la Antigüedad clásica.*

Cuando Pericles vino al mundo, allá por el año 492 a. C., el Ática, su patria, llevaba casi dos decenios de vida democrática. No quiere ello decir que la palabra *democracia* se hubiese inventado ya (entonces se diría más bien *isonomía*, igualdad de los ciudadanos ante la ley), pero sí que Atenas se había dado a sí misma un régimen de gobierno basado en la soberanía popular, un gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, y que con sólo dos breves interrupciones —pues no todos los atenienses, y mucho menos los demás griegos, estaban conformes con él— tal régimen había de durar cerca de dos siglos, desde 508 a 322 a. C., que es más de lo que hasta ahora haya durado democracia alguna, a excepción de la de los Estados Unidos de América.

La implantación del nuevo régimen pudo ser llevada a cabo aprovechando la circunstancia favorable de que en el año 510, y en respuesta a un oráculo de Delfos que ordenaba a los espartanos la liberación de Atenas, el rey Cleómenes de Esparta, al frente de sus tropas, expulsó de Atenas al tirano Hipias y a toda su parentela.

Cleómenes confiaba en que Atenas le pagara el servicio implantando un régimen aristocrático, favorable y atento a los intereses de Esparta, como ésta tenía por costumbre fomentar entre sus vecinos; pero en vez de hacerlo así, la mayoría de los atenienses se entusiasmó con la simple idea de *igualdad para todos ante la ley*, y sin más programa que ése, abrió el camino a una serie de innovaciones que desembocaron en una Constitución democrática.

Realmente no era extraño que después de sufrir durante decenios los abusos y las injusticias perpetradas por Hipias, y antes por su padre, Pisístrato, el pueblo de Atenas se dejase ganar por la simple perspectiva de *igualdad para todos ante la ley*, por mucho que ello disgustase a los espartanos y a cuantos dentro de la misma Atenas consideraban el nuevo régimen como una especie de dictadura del proletariado.

Porque es de saber que la democracia ateniense era una democracia directa. Si en

las democracias modernas el pueblo elige a sus representantes y se abstiene de intervenir en política hasta una nueva elección, en Atenas el votante no se limitaba a depositar su voto, sino que intervenía directamente en el gobierno como obligación diaria y compatible con sus tareas cotidianas. Esto es lo que se llama democracia directa, y no democracia representativa.

El redactor de la primera Constitución fue Clístenes, entre los años 509-508. El puso en marcha un proceso cuyo auténtico creador, impulsor y defensor fue e iba a seguir siendo el pueblo de Atenas. Pero el proceso no llegaría a su culminación hasta que lo canalizase un político que había de nacer en la familia de Clístenes, un sobrino-nieto de éste, al que sus padres pondrían el nombre de Pericles

El hombre Pericles

Por su padre, Jantipo, comandante en jefe de la flota ateniense en la batalla de Micale, Pericles pertenecía al linaje de los Bouzyges, cuyos orígenes se remontaban a reyes de leyenda; por su madre, Agariste, a la no menos añeja familia de los Alcmeónidas, a la que pertenecía también su tío-abuelo, Clístenes. Por tanto, el hombre de cuyo gobierno se ha dicho que gracias a él la democracia se hizo realidad como nunca más ha sucedido en la Historia, era por su nacimiento y por su educación un aristócrata, no un hijo del pueblo. En realidad, todos los hombres del nuevo régimen, empezando por Clístenes, su fundador nominal, procedían de la misma cantera que los del antiguo, todos de la clase alta y pudiente, la de los ricos hacendados del campo, los *eupátridas*, como gustaban de llamarse.

Su educación hubo de ser la de un niño de buena familia, cuyos servicios al Estado habían de llevarle, como a su padre, a los altos mandos del ejército de infantería, que era entonces el nervio de las fuerzas armadas atenienses; una educación de tipo más práctico que intelectual y que abarcaba el manejo de las armas, la equitación, el canto, la cítara y algo, muy poco, de literatura. Pero no conforme con eso, Pericles se familiarizó también con la Nueva Ciencia, entonces naciente y que había de diferenciar profundamente a los hombres de su generación de los de la generación precedente.

Tres hombres, tres primeras figuras de la cultura griega, encabezan el elenco de sus maestros y amigos. En primer lugar, un músico y también teorizante de la filosofía y de la política, Damón de Oia, artista que inspiró a otros en tal medida que se ha llegado a decir que la espiritualidad de la escultura de Fidias y el pensamiento político y la elocuencia de Pericles no hubieran sido posibles sin la fecunda influencia de Damón.

Los otros dos maestros son más conocidos aún: Zenón de Elea, de la escuela de Parménides, y Anaxágoras, el promotor del *nous*, del intelecto, a primer factor del

cosmos. A diferencia, pues, de su padre, Jantipo, y pese a toda la gloria militar de éste, Pericles estaba en condiciones no sólo de desempeñar la jefatura del estado mayor del ejército, sino de discutir la teoría de la música con Damón o las causas de los eclipses con Anaxágoras.

Refinado en sus gustos y muy culto en su educación, primero sus contemporáneos y después sus biógrafos ponderan como extraordinaria entre sus virtudes la de su tacto político, la de su *habilidad para enmendar los errores y la necedad de su pueblo y de sus colegas de gobierno* (Plutarco, *Vida de Pericles*, II, 4); asimismo, la serenidad y la ponderación de sus discursos, siempre elevados y exentos de la grosería plebeya y descarada tan corriente entre los demagogos; un dominio de sí que nunca se rebajaba con la risa; una elegancia, una compostura que no consentían que la emoción las empañase en ningún momento mientras hablaba; un tono de voz alejadísimo de la pedantería y del engolamiento, y, en fin, una serie de cualidades del mismo tenor que llenaban de asombrada admiración a cuantos le escuchaban.

Este hombre extraordinario tuvo un historiador formidable y de un talante tan independiente como el suyo. Gracias a la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, de Tucídides, tenemos una imagen de Pericles tan libre de los ditirambos de sus admiradores como del sarcasmo de sus adversarios. Así, por ejemplo, cuando el enemigo, tras haber invadido el Ática, devastaba el territorio del *demos* de Acarne, y los acarnienses, atrincherados en Atenas, como todos los demás habitantes del Ática, trataban de arrastrar al pueblo a salir en defensa de sus hogares y de sus campos:

La población estaba irritada en todos los sentidos y tenía a Pericles en el foco de su indignación. Olvidadas todas las advertencias que éste le había hecho con anterioridad, le reprochaba el que siendo su jefe no saliese al frente de ellos, y lo hacía responsable de todos sus padecimientos.

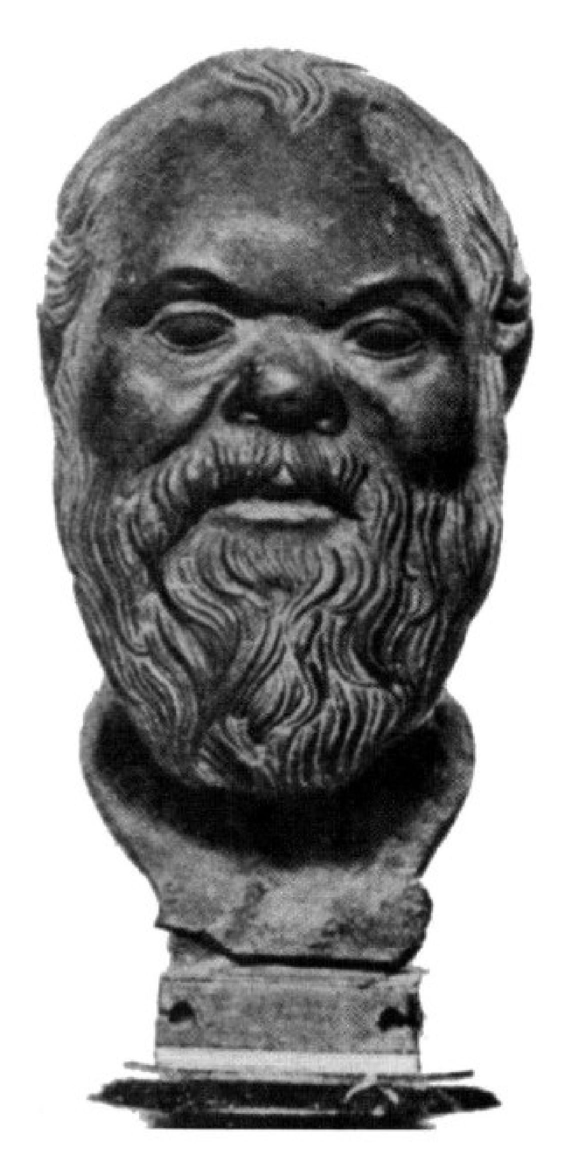
Pericles, sin embargo, viendo su desesperación y aviesas intenciones, convencido como estaba de que su propósito de no presentar batalla era el acertado, no quiso convocar asamblea ni reunión de ningún género, temiendo que si la gente se congregaba, las pasiones se desbordarían y provocarían un desastre. En vista de ello, extremó la vigilancia de la ciudad y la mantuvo tan tranquila como pudo… (Tucídides, II 21,3 y 22,1).

Pero esto ocurría cuando la vida y la actividad de Pericles se acercaban a su fin. Antes, desde su primera juventud, había desarrollado una intensa labor política que había de consagrar a Atenas como *la escuela de Grecia*, según él mismo la llamaba.

La Atenas que heredó Pericles

Pericles vivió su juventud en una Atenas en alza. Todo eran buenos augurios: la democracia se consolidaba, la población se sentía fuerte y envalentonada tras la

victoria de las armas griegas sobre el ejército de Jerjes, una serie de triunfos en los que Atenas había dado siempre pruebas de su poderío, unas veces en compañía de sus aliados, otras valiéndose por sí sola.


Sócrates (Gliptoteca, Munich)

Como consecuencia de aquella guerra y gracias a la política de Temístocles, de ser una potencia terrestre, puesta ya antes a prueba en la batalla de Maratón contra el ejército de Darío (490 a. C.), se había convertido en una potencia naval, la primera de Grecia. En adelante, su fuerza iba a radicar en el número y en la pericia de sus unidades navales más que en la efectividad de sus falanges de hoplitas y de sus escuadrones de caballería.

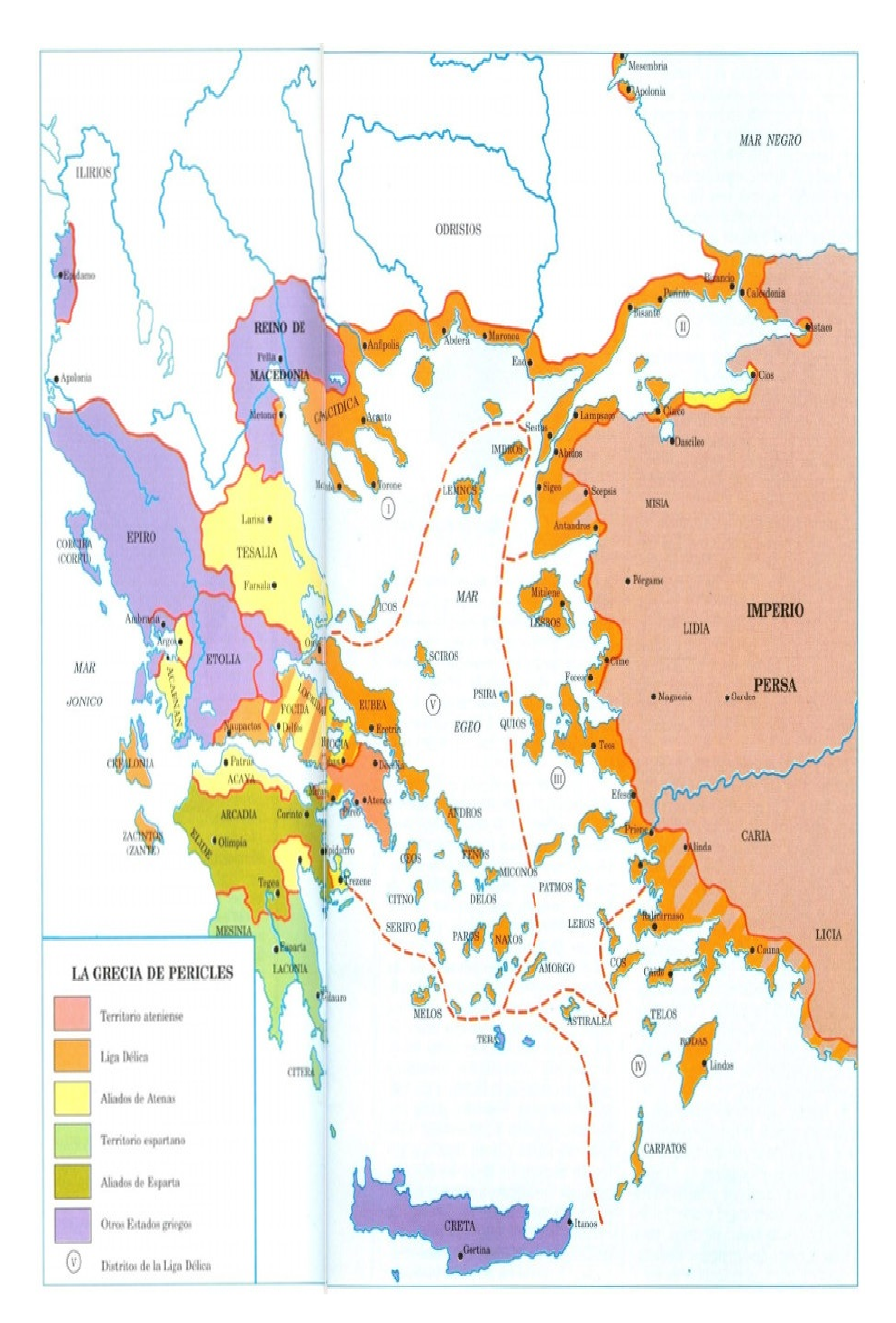
Con ese instrumento en la mano, Atenas se puso al frente de una liga, la Délica, que pronto se convertiría en un Imperio. Formada para defender a los griegos de la amenaza persa y para liberar a las ciudades de Asia y a las islas sometidas al yugo del Gran Rey, Atenas asumió el liderazgo de aquella coalición y aprovechó sus recursos para robustecerse ella y desarrollar un programa monumental que no conforme con reconstruir los edificios destruidos por los persas en la Acrópolis, levantó otros destinados deliberadamente a procurarle una gloria imperecedera como exponentes de su talento y de su arte. Como dirá Plutarco, *el día en que aquellas obras se terminaron fueron reconocidas ya como clásicas y antiguas,* del mismo modo que seiscientos años después, en los tiempos en que Plutarco escribía (en plena era del Imperio romano), parecían tan lozanas como el día mismo de su terminación.

La conversión de Atenas en una potencia marítima exigió un enorme incremento de los efectivos y del personal de la flota, en comparación con los del ejército de tierra, de modo que si antes la población campesina, entre la que se reclutaba a la mayoría de los jinetes y peones, tenía el poder político correspondiente, ahora se encontró en minoría frente a la población marinera y mercantil de Atenas capital y del puerto de El Pireo.

El espíritu conservador de los campesinos hubo de ceder ante el espíritu aventurero y emprendedor de los hombres del mar. Al servicio de sus ambiciones e intereses, Atenas se embarcó en la guerra del Peloponeso y se arruinó como consecuencia de la misma.

Aunque dicha guerra no fue llevada por Pericles y como éste sólo la quería en sus dos primeros años, de los casi treinta que duró, Pericles fue el causante de su estallido, por no aceptar las condiciones que le imponían Esparta y sus aliados y que equivalían a la renuncia de su Imperio. Incapaz de concebir semejante renuncia, Pericles asumió la enorme responsabilidad, que tanto Isócrates como Aristóteles no dejarán de reprocharle un siglo después, de haber sacrificado a su ideal imperialista el talento y las energías de la Atenas que él había engrandecido.

Porque no fueron sólo los monumentos erigidos, sino los hombres que se dieron cita en la Atenas de Pericles los que hicieron de ésta una ciudad estelar. Pocas veces en la Historia se han visto juntos nombres tan egregios: Hipócrates, el médico; Mnesicles, Ictino y Calicrates, arquitectos; Fidias y la pléyade de sus discípulos y colaboradores, Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes, dramaturgos; Antifón, el orador y logógrafo; Polignoto, el muralista, y Policleto; el escultor; Zenón, Anaxágoras, Gorgias y Sócrates, filósofos y maestros de la juventud.


LA GRECIA DE PERICLES
Territorio ateniense
Liga Délica
Aliados de Atenas
Territorio espartano
Aliados de Esparta
Otros Estados griegos
Distritos de la Liga Délica
MAR NEGRO
Mesembria
Apolonia
ILIRIOS
ODRISIOS
Epidamno
Apolonia
REINO DE MACEDONIA
Pella
Metone
CALCIDICA
Anfípolis
Abdera
Maronea
Eno
Acanto
Torone
Mende
Bizancio
Calcedonia
Perinto
Bisante
Astaco
Cíos
Cízico
Dascileo
Lampsaco
Sestos
Abidos
IMBROS
LEMNOS
Sigeo
Escepsis
MISIA
Antandros
Pérgamo
EPIRO
Larisa
TESALIA
Farsala
CORCIRA (CORFU)
Ambracia
Argos
ETOLIA
ACARNANIA
MAR JONICO
Mitilene
LESBOS
IMPERIO PERSA
LIDIA
ICOS
MAR EGEO
SCIROS
Cime
Focea
Magnesia
Sardes
PSIRA
QUIOS
EUBEA
Eretria
LOCRIDA
FOCIDA
Naupactos
Delfos
BEOCIA
Tebas
Decelia
Teos
CEFALONIA
Patras
ACAYA
Megara
Atenas
Pireo
ARCADIA
Corinto
ANDROS
Efeso
Priene
CARIA
ELIDE
Olimpia
ZACINTO (ZANTE)
Epidauro
Trezene
CEOS
TENOS
MICONOS
Alinda
Tegea
CITNO
DELOS
PATMOS
SERIFO
LEROS
Halicarnaso
PAROS
NAXOS
MESENIA
Esparta
LACONIA
AMORGO
COS
Cnido
Cauno
LICIA
MELOS
ASTIPALEA
TELOS
TERA
RODAS
Lindos
CITERA
CARPATOS
CRETA
Itanos
Gortina

Los órganos de gobierno

Es de saber que en Atenas no existía un gobierno con un presidente y unos ministros o secretarios, ni tampoco los cuerpos de funcionarios del Estado a que estamos acostumbrados. El órgano supremo del gobierno era la *Ekklesía*, es decir, la asamblea de los ciudadanos varones, mayores de edad y registrados en el censo. Su número llegó a ascender a unos 50 000, si bien el de asistentes habituales a la *Ekklesía* rara vez alcanzaba los 4000.

Su lugar de reunión era una especie de auditorio al aire libre, acondicionado en la falda de la colina de la Pnyx, al suroeste del Agora y de la Acrópolis. Delante del graderío se alzaba la *béma*, o tribuna de los oradores, y a continuación el altar de Zeus, a quien se ofrecía un sacrificio ritual antes de cada sesión. La capacidad máxima de la Pnyx en tiempos de Pericles era de unas 6000 almas, de modo que en casos especiales, como los procesos de ostracismo, en que se requería un elevado número de asistentes, la asamblea había de celebrarse en el Agora o en otro lugar más espacioso.

La concurrencia la daban por lo regular los habitantes de la ciudad de Atenas. Si damos crédito a Aristófanes, muchos de ellos eran ociosos a quienes la guardia municipal, constituida por unos 300 esclavos extranjeros (escitas), sometía a la ridícula, pero merecida, humillación de conducir desde el Agora, donde solía hacer sus redadas, atados con una cuerda roja. Rara vez asistían campesinos o aldeanos, para quienes la distancia y la pérdida de uno, o incluso dos días de trabajo por sesión, constituían lícitos impedimentos de cumplir sus deberes cívicos; lo mismo sucedía a los soldados y marineros.

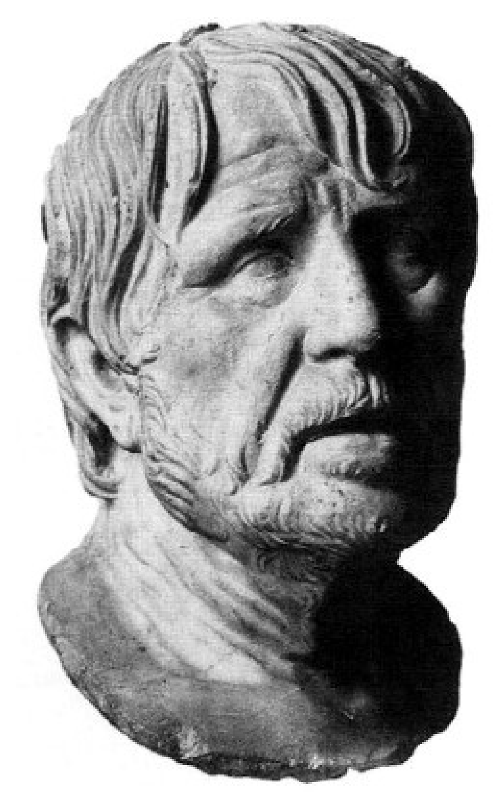
Este estado de cosas no cambió mucho cuando las asistencias estuvieron remuneradas con cantidades módicas, pero suficientes para vivir modestamente, con lo que añadidos los emolumentos por actuar de jurados se llegó a lo que sus críticos llamaban *un Estado de parados a sueldo*.

Aunque había grupos de opinión, no existían los partidos políticos. Los mejores oradores, por lo regular aristócratas educados en el arte de la retórica, solían actuar de portavoces de los grupos. En esta función fue donde Pericles alcanzó aquella notoriedad y aquel prestigio que harían decir a Tucídides (II, 76, 9): *Atenas era una democracia de nombre, pero en realidad el poder estaba en manos de su primer ciudadano*.

Este *primer* ciudadano era capaz de ganarse a la mayoría del pueblo (*demos*) frente a la minoría aristocrática. Para contrarrestar su ascendiente y evitar que el régimen, en palabras de Plutarco, *se convirtiese en monarquía* hizo portavoz de sus intereses y de su grupo a Tucídides de Alópece (distinto del historiador). Este logró

durante algún tiempo encabezar una minoría que sería conocida como *los pocos (oi oligoi),* sin que ni éstos ni el *démos* constituyesen partidos políticos en sentido moderno. Al fin, Pericles prefirió gobernar sin oposición de derechas y consiguió el destierro de Tucídides y la disolución de su grupo.

Su fuerza radicaba en hacer uso de la palabra cuando el heraldo preguntaba a la *Ekklesía*: ¿Quién quiere hablar?; pero sin prodigarse en el ejercicio de esa facultad y haciéndolo siempre con oportunidad y arte. Tal facultad no estaba exenta de riesgo, pues si bien es cierto que cualquier ciudadano podía hacer una propuesta de ley o la enmienda de una ya existente, no es menos verdad que si su propuesta resultaba anticonstitucional, no sólo quedaba pendiente de juicio, sino que su autor podía ser procesado y condenado. Por esto y por la dificultad de hablar en público con soltura, la inmensa mayoría de los atenienses se abstuvo siempre de hacer uso de la palabra.



Aristófanes (Museo del Louvre, París)

La alusión antes citada de Tucídides al poder omnímodo del ciudadano Pericles se refiere al período en que éste obtuvo por votación popular, y año tras año durante quince, el cargo de *strategós autokrátor*, general en jefe de las fuerzas armadas, que ponía en sus manos la dirección de la política exterior e interior de Atenas.

De una de sus propuestas de ley hubo de arrepentirse Pericles, ya al final de su vida, cuando había perdido a todos los hijos de su primer matrimonio y sólo le quedaban los de su amante, Aspasia, la célebre intelectual y cortesana oriunda de Mileto, y por tanto, no ateniense. Con un espíritu mucho más generoso y democrático, Clístenes no había puesto reparo a que fuesen atenienses todos los hijos de cualquier ciudadano, aunque el cónyuge de éste no lo fuese. En descargo de Pericles hay que decir que tal vez la ciudadanía de Atenas, una vez constituido el Imperio y a favor del bienestar económico, creció desmesuradamente, hasta el punto de resultar difícil de gobernar. Por éste u otro motivo, Pericles propuso y consiguió la aprobación de una ley por la que sólo se reconocía como ciudadanos a los hijos de padre y madre atenienses.

De momento la ley pasó sin pena ni gloria; pero cuando al cabo de unos años, Egipto hizo a los atenienses una importante donación de trigo, alguien se acordó de ella y exigió que el reparto se hiciese conforme a la misma. Como consecuencia, unos 5000 atenienses fueron borrados del registro y privados de su ración. Más adelante también Pericles sufrió los efectos de su ley, al encontrarse con que sus hijos menores

no podían ser ciudadanos de su amada Atenas. Compadecidos de él, los atenienses le permitieron enmendarla.

Según la Constitución de Atenas descrita por Aristóteles, la *Ekklesía* celebraba, salvo casos de emergencia, cuatro sesiones al mes. La primera de ellas, la *soberana*, tenía unos puntos fijos en su agenda: abastecimiento de trigo, cuestiones de defensa y continuidad de los cargos de la Administración, unos 700 en el Ática y otros tantos en el Imperio. Tal vez sorprenda el primero de estos puntos, el del abastecimiento de grano. La importancia de este asunto era que el Ática, buena tierra para la viña y el olivar, era en cambio pésima productora de cereales, y siempre hubo de proveerse de ellos en mercados exteriores o en colonias. Una carestía de cereales hacía disparar los precios.

Las sesiones daban comienzo de mañana bajo la presidencia del *epistates*, que también lo era del Pritaneo, el consejo de gobierno permanente, como en seguida veremos. En caso de debate, los oradores ocupaban la *béma*, pronunciaban sus discursos y, al término de éstos, si había lugar, se procedía a la votación a mano alzada.

La agenda de la *Ekklesía* y las propuestas a debatir eran preparadas de antemano por el segundo en importancia de los órganos de gobierno, la *Boulé*, o consejo de los 500, compuesto de diez grupos de 50 ciudadanos, cada uno representante de una de las diez tribus en que se dividía la población del Ática. Sus miembros eran elegidos por sorteo en sus respectivos *démos* y ejercían sus funciones, remuneradas, por espacio de un año.

Los 50 consejeros de cada tribu constituían la permanente llamada Pritaneo, con su sede en el Agora, y durante un mes llevaban el peso de la dirección de la *Ekklesía* y de la puesta en práctica de sus acuerdos. La brevedad de los plazos y el sistema de selección por sorteo tenían por objeto evitar la acumulación de poder en personas y organismos y la formación de políticos de oficio.

Como reliquia del pasado subsistía el Areópago, el consejo de los exarcontes, que tenía su sede en la Colina de Ares, de la que tomaba nombre, entre la Acrópolis y la Pnyx. En los antiguos tiempos de la Atenas aristocrática y oligárquica, el Areópago gobernaba el Estado como el Senado en la Roma republicana, y se nutría como éste de políticos veteranos. Todos sus miembros, en efecto, habían sido arcontes, esto es, magistrados anuales que desde los tiempos de Solón (594 a. C.) eran elegidos entre los ciudadanos de las dos clases de mayor solvencia económica, los *pentakosiomedímnoi* (de renta anual igual o superior a quinientas medidas de trigo) y los *hippeís* o caballeros.

La democracia recortó mucho las funciones de los nueve arcontes o las transfirió a nuevas magistraturas como los *strategoí*. Efialtes, además, abrió el arcontado a la tercera clase, la de los *zeugites*, que suministraba la tropa de los hoplitas, y pronto también los *thétes* tuvieron derecho, por los menos teórico, a ser arcontes.

También desde la reforma de Efialtes, en el 462, las funciones activas del

Areópago quedaron reducidas a las de un tribunal para casos de homicidio premeditado, incendio provocado y ciertas formas de sacrilegio. Con todo y con eso, tanto los cargos de arcontes como las sillas del Areópago siguieron siendo muy codiciados por su prestigio tradicional y por su relieve en las esferas social y religiosa. El hecho, por ejemplo, de que el arconte epónimo siguiese dando su nombre al año de su cargo, hacía a éste muy apetecible.

El de *strategós* era el único cargo político que no se elegía por sorteo, sino por votación del pueblo en la *Ekklesía*. A diferencia también de los otros cargos, era renovable tantas veces como el electorado lo considerase oportuno. Así fue como Pericles lo desempeñó durante quince años consecutivos (443-429). La *Ekklesía* escuchaba y solía respaldar al *strategós*, pero reservándose siempre la facultad de no aceptar sus propuestas, o incluso de castigarlo.

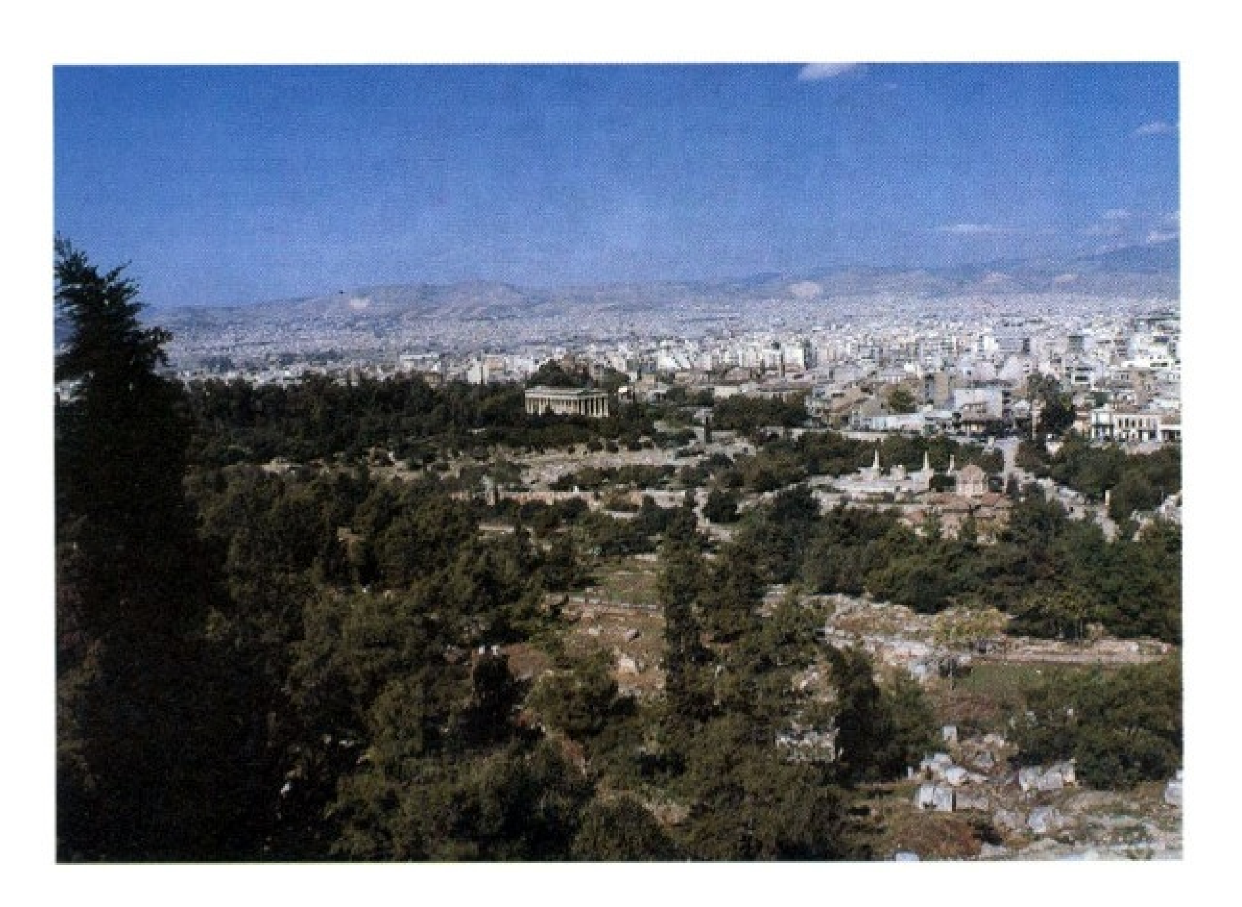
Así le sucedió a Pericles en un trance en que Atenas estaba desmoralizada por los reveses de los tres primeros años de la guerra del Peloponeso: la devastación, la peste y la ruina económica incitaron al pueblo de Atenas a destituir a Pericles y acusarle de desgobierno y malversación de fondos. A la hora de rendir cuentas, un Pericles enfermo fue acusado de un cúmulo de cargos y condenado a pagar la desorbitada multa de cincuenta talentos (unos 13 000 kilos de plata). Cuando el sentido común volvió a prevalecer, la multa le fue condonada y su nombre, reivindicado.

Los demagogos

En vísperas de la guerra del Peloponeso surge en Atenas un tipo de político del que Aristófanes dibuja una caricatura estupenda en la comedia de *Los caballeros*: el demagogo, como él lo llama. Hombre de humilde extracción, de oficio comerciante, mecánico u obrero especializado, el demagogo arrastra a la *Ekklesía* con una oratoria violenta, agresiva y descarnada.

Las personas educadas se sienten ofendidas por la ordinariez de su lenguaje y sus malos modales. Es la suya el habla de los barrios bajos de Atenas y del puerto de El Pireo, plagada de extranjerismos e incorrecciones, muy distinta del lenguaje de la aristocracia e incluso del campesinado ático. Los cómicos dan a entender que la antes comentada restricción de Pericles al derecho de ciudadanía debiera haber golpeado de lleno a esta clase de gente, que hasta en su acento delataba su extranjería.

En el pasado, los líderes políticos procedían de las familias hidalgas de la campiña, y habían desempeñado mandos militares antes de entrar en política. El pueblo, de campesinos en su mayoría, consideraba natural que quienes compartían con ellos la vida en el campo presidiesen también sus asambleas y dirigiesen la política del Estado.



El Agora de Atenas vista desde la Acrópolis. Al fondo, centro izquierda, el Theseion

Con la democracia, este panorama cambió: la población urbana de Atenas y de El Pireo creció de modo desmesurado y si bien aceptó al principio el estado de cosas heredado, era de prever que no tardase en exigir que sus líderes fuesen hijos del pueblo y no señoritos.

Los demagogos satisfacían ese imperativo: Cleón, Hipérbolo, Androcles, Cleofón… nunca faltará alguno a lo largo del último siglo de la democracia ateniense. Ninguno de ellos habrá recibido lecciones de retórica, ni habrá desempeñado antes el cargo de *strategós*, como el estadista del tipo de Milcíades, de Cimón, de Aristides o de Pericles. El comediógrafo Aristófanes les acusará de desorientar al pueblo y de excitar las bajas pasiones de la *Ekklesía*; Tucídides irá aún más lejos, al hacerlos responsables en su *Historia* de la derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso.

El demagogo nunca había desempeñado ni estaba llamado a desempeñar un cargo con responsabilidades de gobierno. Su única función, dentro del marco constitucional, era la de criticar sistemáticamente las medidas que se tomaban o se proponían a la asamblea del pueblo, no la de ofrecer soluciones alternativas. Por consiguiente, su plataforma era la misma que la de cualquier ciudadano: el ejercicio del libre uso de la palabra y la facultad de dirigirse a sus conciudadanos.

Responsables

Si movido por su oratoria el pueblo de Atenas acordaba el envío de una expedición como la primera de Sicilia, abocada al fracaso por su mismo planteamiento errado, los responsables no eran los que habían inducido a la *Ekklesía* a dar aquel mal paso, sino los tres pobres generales que habían estado al mando de la operación. Ya podían de pleno acuerdo los diez *strategós*, equivalentes a nuestra Junta de Jefes de Estado Mayor, desaconsejar una aventura como aquella, que si la *Ekklesía*, inflamada por la oratoria de un Hipérbolo, decidía lanzarse a ella, no había nada que lo impidiese.

Dado que, como dijimos, la mayoría de los ciudadanos del Ática, y precisamente los de espíritu más conservador, se abstenía de asistir regularmente a las sesiones de la *Ekklesía*, las decisiones las tomaban los elementos más radicales de la población, residentes en Atenas y en El Pireo. Pericles logró convencerlos muchas veces —gracias a él, Atenas vivió su mejor período—, pero no siempre, sobre todo en sus últimos años. En conjunto puede decirse que las decisiones de la *Ekklesía* —y en ello radica el fracaso de la democracia ateniense— no reflejan fielmente el sentir de la Atenas de Pericles, sino únicamente el del sector más radical de su población.

Clases sociales

Martín S. Ruipérez
Catedrático de Filología Griega. Universidad Complutense de Madrid

Si la importancia de un momento histórico sólo se puede captar *a posteriori*, cuando la perspectiva de los años permite valorar la trascendencia de sus aportaciones al cúmulo de experiencias de la humanidad, hoy, a dos mil quinientos años de distancia, tenemos razones para considerar que la dinámica sociedad ateniense del siglo V a. C. legó a la posteridad una serie de conquistas que por sí solas justifican que en las sociedades cultas de Occidente no sólo los especialistas, sino el hombre instruido en general, se interesen por conocer y comprender el fenómeno.

Recordemos que desde comienzos del siglo VI, la paz social que trajeron las equilibradas reformas de Solón (594/593) había permitido a Atenas —que en los siglos IX y VIII, según revela el éxito de su cerámica geométrica, había tenido una próspera actividad industrial y mercantil y que, por eso mismo, no había tenido necesidad de participar en la gran empresa colonizadora griega que, desde 750 a. C. lleva los excedentes de población a colonizar tierras fértiles en casi todo el litoral del Mediterráneo— un nuevo ímpetu, que para nosotros se patentiza en la excepcional calidad artística del *vaso Frangois* y en la presencia de atenienses en Sigeo, a la entrada del Helesponto, según revela una conocida inscripción.

La interpretación de esta toma de posición en los estrechos que controlan la ruta del Ponto Euxino (mar Negro) no puede ser otra sino que, ya en los primeros años del siglo VI, los atenienses trataban de asegurarse la importación del siempre famoso trigo de Ucrania, que salía de las colonias jónicas del norte del Ponto Euxino, y de la lana de los rebaños que pastaban en aquellas ricas tierras. Ello quiere decir que Atenas planteaba con decisión lo que sería la base de su prosperidad económica en los siglos V y IV a. C.

El Ática, la región de Atenas, con un suelo rocoso poco apropiado para el cultivo cerealista, se concentraría en la explotación de viñedos y olivares y haría de la exportación de vino y de aceite y de la importación de trigo y otros productos la base de su actividad mercantil.

La suerte que corren los restos metálicos —si son de valioso bronce, son fundidos y reutilizados y, si son de hierro, la oxidación acaba por eliminarlos— nos priva de testimonios materiales de la industria metalúrgica ateniense. De su excelente cerámica de figuras negras y, luego, a finales del siglo VI, de figuras rojas, que tuvo un éxito enorme en todos los mercados y especialmente en Italia y que hizo una competencia victoriosa a la de Corinto —gran potencia comercial en esta época— nos quedan piezas que llenan los museos de la Grecia clásica.

Sobre esta base económica se desarrolla una clase social burguesa y una concentración de proletariado en la propia Atenas que, huyendo del paro estacional y de las duras condiciones de la agricultura, busca en la gran ciudad la seguridad del empleo y de la solidaridad frente al arbitrio de los poderosos. Sobre este sustrato popular se erigió la tiranía de Pisístrato y de sus hijos, verdaderos déspotas ilustrados, que para dar ocupación a sus bases acometieron grandes obras públicas y, para educarlas y distraerlas dentro de los ideales religiosos y patrióticos del pasado mítico de Grecia, crean en 535 a. C. la tragedia, el primero de los géneros teatrales, la primera gran aportación de Atenas a la literatura de Occidente.

La pujanza de la pequeña burguesía mercantil e industrial y los excesos de los propios tiranos traen la instauración de la democracia de Clístenes en 508 a. C., que, al institucionalizar la participación de todos los ciudadanos en el gobierno de la ciudad, hizo por primera vez que los atenienses se sintieran protagonistas de su propio destino.

En este punto fue decisiva la gran gesta de los griegos en la lucha contra los persas. Que una pequeña etnia como la griega pudiera enfrentarse victoriosamente contra el descomunal coloso que era el Imperio persa —asomado al Egeo desde que en 545 a. C. elimina al Imperio lidio y hace una satrapía de Asia Menor— primero en Maratón (490 a. C.) y, luego, en Salamina (480 a. C.) y Platea (479 a. C.) era algo inesperado y, por ello, milagroso. Que fuese precisamente Atenas la protagonista de esa gesta en Maratón y Salamina era algo que no pudo menos que reforzar en los atenienses el orgullo nacional, la seguridad en sí mismos como gestores colectivos de su propia cosa pública y la fe en los dioses y en los héroes del pasado del Ática que ellos mismos habían visto combatir a su lado —es el testimonio de Heródoto— en los momentos decisivos en la llanura de Maratón.

La igualdad ante el peligro nivela las diferencias sociales. Los ciudadanos libres de la clase económicamente inferior, los *thétes* que formaron las dotaciones de remeros de la escuadra que triunfó en Salamina, habían contribuido a la salvación de Atenas tanto como los acomodados ciudadanos que podían costearse un caballo o una armadura de infantería pesada.

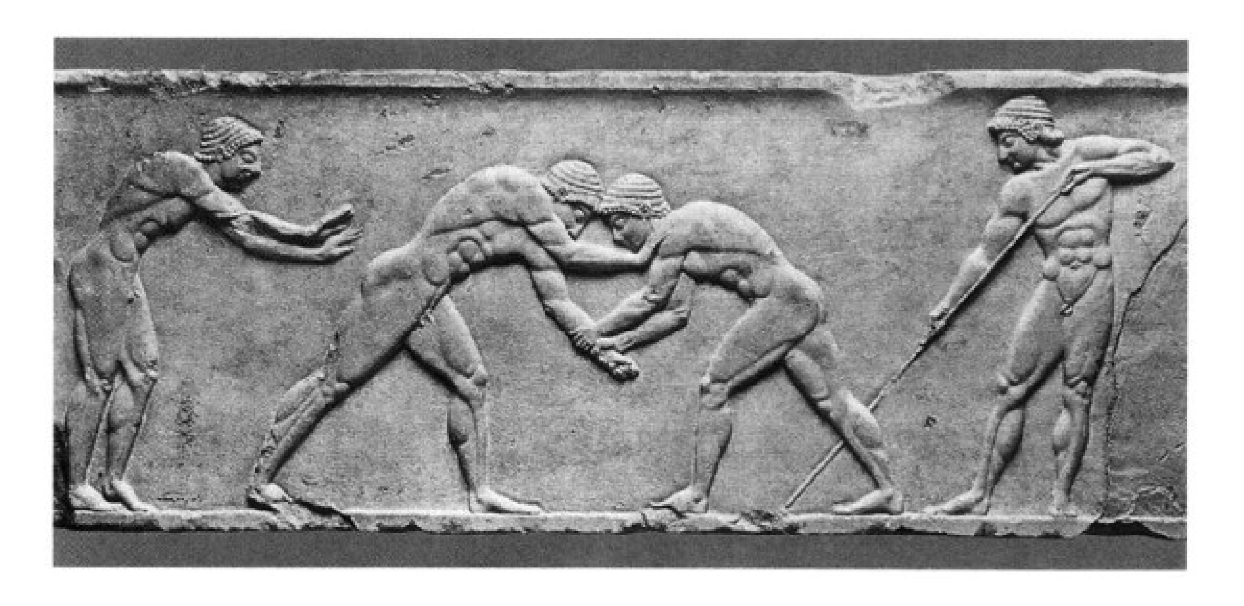
Todos se sentían protagonistas por igual de la gran empresa colectiva y todos exhibían con orgullo, hasta bien mediado el siglo V, su condición de *Marathonomákhai*, de combatientes de Maratón. Era una generación de ciudadanos abnegados, disciplinados y creyentes, dispuestos a un servicio militar exigente y prolongado, a una participación diaria en el gobierno de la ciudad y a una intransigencia en materia religiosa: en Atenas el ateísmo era un delito de Estado; todavía en los últimos decenios del siglo, el ateo Diágoras de Melos fue procesado y expulsado de Atenas; una supuesta parodia de los Misterios de Eleusis desencadenó

en 415 a. C. un proceso de impiedad contra Alcibíades y otros, y Sócrates fue procesado bajo la acusación de no creer en los dioses oficiales. Más tarde, Platón prohíbe el ateísmo en su Estado ideal y Epicuro, en su sistema, no se atreve a eliminar a los dioses y los deja como meros espectadores del acontecer humano, en el que no intervienen.

Fue esta generación de combatientes de Maratón la que hubo de asumir las nuevas cargas que para cada ciudadano se derivaban del nuevo papel que Atenas desempeñó en el concierto panhelénico. Pues Esparta, siempre temerosa de la incapacidad competitiva de su régimen cerrado de castas y del rigor de la vida militar permanente de sus ciudadanos, pronto se retiró (escándalo de su rey Pausanias, que sucumbió al atractivo de la regalada vida oriental) del liderazgo de la guerra de desquite contra los persas, con la que los griegos fueron reconquistando ciudades antes griegas en la franja litoral de Asia Menor.

De esta manera Atenas fue la heredera de la avanzada cultura jónica, de su historia, de su filosofía, de su arte, se convirtió en el centro al que peregrinaron todas las mentes privilegiadas de la Grecia de entonces y ofrecía al mundo de la época y de la posteridad un ejemplo de apertura y de capacidad para integrar a individuos de las más diversas procedencias.

El reverso de la medalla era que los ciudadanos atenienses apenas podían dedicarse a otras actividades que no fueran las derivadas de sus obligaciones militares. Las actividades propiamente económicas quedaron en manos de extranjeros y de esclavos. Los extranjeros, quiérese decir ciudadanos de otras ciudades del mundo griego entregados al comercio, pululaban en el puerto de El Pireo, que fue primero puerto naval militar construido por Temístocles para el programa de construcción de la gran flota que ganó la segunda guerra contra los persas, pero que pronto fue activo puerto comercial.



Entrenamiento de atletas y púgiles (relieve, finales siglo VI a. C., Museo Arqueológico Nacional de Atenas)

Estos extranjeros —*métoikoi*, metecos— contribuyeron a crear una red de intereses comerciales con las pequeñas burguesías de comerciantes de otros puertos, red que definió la política internacional de Atenas. La gestión de los negocios de los propios ciudadanos era dejada a esclavos de confianza, más afortunados que los que

habían de penar extrayendo plata para el Estado ateniense en las minas de Laurión.

Las estimaciones sobre la población de esclavos en Atenas coinciden en cifras de 100 000 o 150 000, superiores a la de los mismos ciudadanos. Su buen nivel de vida y su atuendo fueron motivo de queja amarga para el viejo oligarca autor de un reaccionario panfleto político contra la democracia de Pericles en torno al 440 a. C.

Política internacional

La política extranjera ateniense se articuló en torno a dos ejes. Por un lado asumió la *hegemonía*, el liderazgo, de la guerra contra el Imperio persa, para la cual constituyó en 477 a. C. un gran instrumento político y militar: la Liga Marítima Atico-délica, así llamada porque sus fondos eran custodiados en Délos, la isla sagrada de Apolo en el centro del Egeo. En esta alianza entraron casi todas las ciudades costeras de ese mar, contribuyendo la mayoría en dinero (de estas contribuciones se conservan en inscripciones las cuentas de ciertos períodos).

El otro eje de la política exterior de Atenas giraba en torno a los intereses económicos y ello llevó al Estado ateniense a intervenir en la política internada de otras ciudades apoyando siempre a la clase de pequeños burgueses que, por el comercio, mantenían vínculos con Atenas y eran partidarios de regímenes democráticos moderados, contra la política espartana de favorecer a grupos oligárquicos.

Esta política exterior de Atenas no dejaba de presentar flagrantes contradicciones con la democracia, cada vez más popularizada, que imperaba en el interior de la Ciudad-Estado. Pues en la gran alianza contra los persas se sabía cómo se entraba, pero no cómo se salía. Las ciudades que intentaron la secesión (las de Eubea y, luego, las islas de Sainos y de Lesbos) fueron duramente castigadas y obligadas a permanecer dentro de la liga, que así se convirtió en un mero instrumento del imperialismo ateniense.

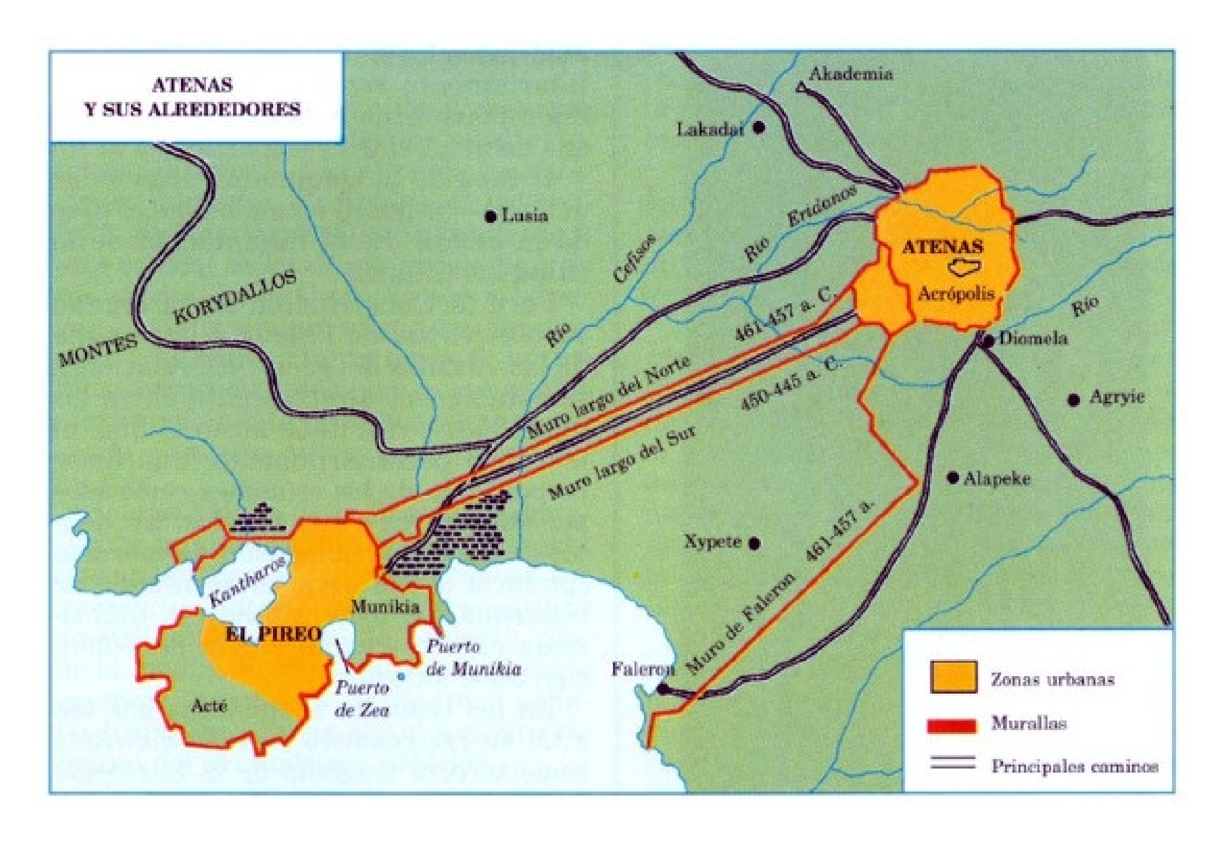
Este nuevo carácter ya no ofreció dudas a los aliados cuando en 444 a. C., ante un peligro —real o sólo pretextado de ataque persa a Délos—, Pericles trasladó a Atenas el tesoro de la confederación y sentó el principio de que no tenía que rendir cuentas de su empleo a los confederados, ya que Atenas cumplía su compromiso de defender a todos frente al bárbaro. Con esos fondos, Pericles acometió las grandes obras que convirtieron a la Acrópolis —la antigua ciudadela-palacio de los reyes micénicos y de la época arcaica, incendiada por los persas en 480— de recinto fortificado en el gran conjunto religioso y monumental que ha contribuido más que ninguna otra realización a la fama del estadista ateniense.

La otra contradicción estribaba en el desacuerdo social existente entre las burguesías extranjeras sobre las que Atenas cimentaba su política exterior y el

carácter cada vez más radicalizado del gobierno de los diez estrategas desde que Pericles, en 461, asume su jefatura como *strategós autokrátor* poniendo fin a casi veinte años de democracia moderada.

Su superioridad personal le permitió disponer del apoyo de la asamblea de ciudadanos para conducir una política que no siempre el pueblo comprendía. Gracias a la paz con el Imperio persa en 449 y a la tregua de treinta años —que sólo duraría quince— con Esparta del 446, Pericles tuvo las manos libres para acometer una serie de reformas radicales que gozaron de la simpatía de su partido, el popular.

En 444 hace que su gran rival, Tucídides (que no tiene que ver nada con el historiador), sea condenado al destierro por diez años mediante el voto popular sobre cascotes de cacharros (*óstraka*, de donde el término *ostrakismós* ostracismo), que señalaba al ciudadano peligroso para la democracia de la ciudad. Al fin y al cabo. Pericles, sin chocar de frente contra el teísmo oficial que se manifestaba en los sacrificios sufragados por el Estado ateniense, enunció en cierta ocasión su concepto nada trascendente de las leyes: sencillamente es ley todo lo que la voluntad popular quiere y aprueba por votación en la asamblea de los ciudadanos. Y en otra ocasión tranquilizó a sus soldados, asustados por un eclipse de sol, con una explicación natural y nada religiosa: tampoco detrás de su clámide o capa militar se veía al astro.



Aspectos positivos y negativos

Para que los derechos de participación en la gobernación de la ciudad fuesen realidad

y no mero reconocimiento verbal, Pericles no tuvo reparos en utilizar los fondos de la alianza contra los persas para instituir unas dietas de dos óbolos para los ciudadanos que cada madrugada resultaban elegidos por sorteo para formar parte de los numerosos jurados que administraban justicia a atenienses y a extraños. Sólo así un humilde artesano recibía una compensación por el trabajo que dejaba de realizar.

Hay ciertos aspectos de la democracia ateniense que, con perspectiva actual, no pueden ser valorados positivamente, aunque nuestra misión como historiadores no es emitir juicios de valor, sino esforzarnos por comprender situaciones y actitudes enmarcándolas en el cuadro de su tiempo.

Más arriba hemos señalado algunas incoherencias. A ello añadamos que la existencia de una abundantísima clase social esclava y, entre las personas libres, la carencia de derechos políticos de las mujeres, recluidas en sus casas y no participantes, si eran libres y de familia acomodada, en la vida social y cultural, limitaba a los varones libres inscritos como ciudadanos la participación en las tareas de la cosa pública.

Y aun así, el hecho de que la democracia antigua no fuese representativa, de modo que el ciudadano había de asistir personalmente a las asambleas, introducía considerables limitaciones en el ejercicio de los derechos políticos, pues eran muchos quienes, por razón de sus actividades mercantiles o por la prestación de su servicio militar en tantos puntos donde Atenas se hizo presente (Egina, Anfípolis, Sicilia), se veían de hecho impedidos de contribuir con su voto a las decisiones en los graves asuntos de Estado.

Con todo, es la efervescencia intelectual de todos los órdenes lo que confiere a la Atenas del siglo V, especialmente a la que rigió Pericles en los poco más de treinta años de su *estrategia*, una imagen especialmente moderna.

En Atenas vivió algún tiempo el filósofo Anaxágoras de Clazómenas, que acabó sometido a un proceso de impiedad. A Atenas acudieron sofistas de todo el mundo griego (Protágoras de Abdera, Gorgias de Leontinos, Hipias de Helis, Pródico de Ceos), verdaderos educadores profesionales que enseñaban a los ciudadanos de la democracia a triunfar en ella mediante el conocimiento del arte de los buenos discursos.

A Atenas acude también el historiador Heródoto, que hace lecturas públicas de trozos de sus *Historias*. En la ciudad portuaria de El Pireo, es Hipódamo de Mileto el que traza los planos con un moderno sentido urbanístico.

Con la altura de miras propia de un gobernante ilustrado, Pericles se rodea de un círculo de intelectuales y artistas entre los que no falta Damón, el primer teorizante de la métrica y de la música, ni la presencia de una mujer, Aspasia, ligada a Pericles y partícipe de sus inquietudes intelectuales, gracias a haber sido educada en el ambiente más libre y menos restrictivo para la mujer que había en Mileto.

Esta panorámica quedaría incompleta si no destacáramos tres notas que dan a la Atenas de Pericles un aspecto atractivamente moderno y que son la consecuencia de

líneas de pensamiento muchas veces iniciadas fuera de allí y antes del siglo V, pero que desembocaron en el ambiente dinámico y abierto del mundo intelectual ateniense.

Una de ellas es la depuración del concepto de culpa y responsabilidad personal. En la antigua justicia del clan familiar, del *génos*, la culpa, aun con sus connotaciones religiosas sobre las que Apolo, desde su oráculo de Delfos, agudizaba la conciencia, conducía al reconocimiento del derecho a una indemnización (*diken didónai*), de la cual todos los miembros se sentían solidariamente responsables: si tal indemnización no era pagada en vida, sus descendientes —copartícipes al fin y al cabo de la comunidad económica del clan— seguían estando bajo el peso de la deuda. Es el fundamento de la culpa hereditaria.



Atenea pensativa (relieve, hacia el 460 a. C., Museo de la Acrópolis)

Pero la Constitución de la ciudad tuvo la virtud de liberar a la persona de los vínculos del *génos*: las relaciones se establecían directamente entre los individuos y resultaba absurdo que, ni moral ni pecuniariamente, uno fuese responsable de los crímenes cometidos por sus padres o sus abuelos. En delitos de sangre la obligación de cobrarse conducía a una serie interminable de *vendettas*. De todo esto hay ya una tímida crítica en una elegía de Solón, cien años anterior.

En las Grandes Dionisiacas del 458 a. C. se representó *Las Euménides* como tercera tragedia de la tetralogía *La Orestiada*, de Esquilo, con una solución moderna al problema de las venganzas sucesivas. Orestes, que ha dado muerte a su madre, Clitemnestra, por vengar a su padre, Agamenón, se ve liberado, gracias al voto de la diosa Atenea en el tribunal del Areópago, de la culpa que le habría de hacer pagar a él su matricidio.

Si obran mal, no son dioses

En el lenguaje cifrado de la ficción mítica este final de *Las Euménides* es la proclamación de la responsabilidad personal frente a la cadena de la justicia del *génos*. Pocos decenios después, los oradores muestran ya cómo en derecho la mancha religiosa del homicidio es sustituida por el concepto de acto querido y voluntario

como requisito para establecer la responsabilidad personal.

Dentro del teísmo oficial que se manifestaba en la participación en los sacrificios organizados por el Estado (eso era, en la práctica, el *theous nomízein*, el creer en los dioses), en las grandes edificaciones religiosas y en la explotación política de la histeria colectiva cuando el pueblo se sentía blanco de la ira divina provocada por el sacrilegio de unos pocos, la clase intelectual era heredera de la crítica racionalista de los dioses tradicionales desencadenada por un curioso e inquieto personaje en las tierras griegas de Italia: Jenófanes de Colofón.

Era inconcebible que los dioses que se engañaban y cometían adulterio, fuesen inferiores a la ética de las relaciones humanas. Eurípides, el racionalista, dio una expresión contundente a esta crítica: *Si los dioses obran mal, no son dioses*. Lo cual no llevaba a la negación de lo divino, sino a su depuración y al enfriamiento de la fe en los dioses tradicionales, sobre los cuales afortunadamente no había ninguna sagrada escritura que se pretendiese intocable.

Sólo se salvan de la frialdad generalizada aquellas divinidades menores que están cerca del individuo en los momentos en que éste se siente más desvalido. Es el caso de Asclepio, dios de la medicina, cuyo culto experimenta un auge enorme en Epidauro y es introducido en Atenas por el espíritu religioso del dramaturgo Sófocles.

Un tercer aspecto del pensamiento griego en el siglo V es su nueva concepción de la historia de la humanidad. Frente a la visión degenerativa de la evolución de la especie humana a partir de unos comienzos paradisíacos —la edad de oro— que había presentado Hesíodo y de cuya degradación una corriente misógina echaba la culpa a Pandora, Jenófanes, enfrentándose con el pensamiento tradicional, fórmula por primera vez su fe en el progreso basado en el esfuerzo humano:

No, los dioses no han revelado a los hombres todas las cosas desde el primer momento, sino que éstos, indagando, van averiguándolas mejor a fuerza de tiempo (*fragmento B 18 Diels*).

Así pues, ni los dioses han revelado conocimientos, ni las Musas ofrecen inspiración, ni el fuego ni los oficios han sido enseñados a los hombres. En el ambiente intelectual de la Atenas del siglo V la sofística difunde una nueva visión de los orígenes de la humanidad, que se presentan ahora pobres y desvalidos. Así los explican Protágoras y Gorgias.

Demócrito trata de la necesidad como maestra de los inventos de la humanidad primitiva, y un espíritu religioso como Sófocles dedica el primer coro de su tragedia *Antígona* (versos 332-375) a cantar la habilidad del hombre, que ha dominado todos los reinos de la naturaleza, el mar, la tierra, el aire, y que ha inventado el arte da la palabra, la arquitectura y la medicina.

Sobre este fondo cobra pleno sentido la actitud de la sociedad ateniense como forjadora de su propio destino.

El programa monumental de Atenas

Miguel Ángel Elvira
Universidad Complutense de Madrid

Cierto es que Plutarco da las causas y razones por las que, en su opinión, Pericles se lanzó a su grandiosa actividad monumental. Pero nos hubiera gustado saber por fuentes más directas qué es lo que en realidad se dijo en la Pnyx, allá en una mañana del 449 o 448 a. C., para convencer al pueblo ateniense de la conveniencia de embarcarse en una fiebre constructora: qué argumentos usaron los oradores que, declarada u ocultamente, defendían la iniciativa de nuestro político, y qué respondieron quienes se oponían a ella, en particular desde las filas de los antiguos partidarios de Cimón. Probablemente tales discursos nos hubieran dicho mucho más que bastantes edificios sobre el arte clásico y la visión que su público tenía de él.

Acaso empezase la sesión con una queja, al parecer anodina, sobre cierta sensación de paro, manifiesta desde que las varias obras organizadas por Cimón en el ámbito del Agora (tholos del Pritaneo, Teseion, fuente de la Clepsidra, Stoa Poikile, etcétera) se habían concluido. Constructores, marmolistas y canteros se veían sin trabajo. Cuando alguien, en respuesta, aludió a las recién comenzadas obras del templo de Hefaistos, justo sobre el Agora, y a la reciente votación de un templo a Atenea Nike en la Acrópolis, cuyos planos había concluido ya el arquitecto Calícrates, los oradores partidarios de Pericles se hicieron los sordos, sin duda, paladinamente: el segundo de estos proyectos se debía claramente a los partidarios de Cimón y Calias, y lo que ellos querían precisamente era sabotearlo.

Empezarían por aludir a la escasa entidad de la obra —un pequeñísimo templo de pocos metros cuadrados de superficie— y propondrían, como consolidación para sus oponentes, levantar un altar a cambio. En cuanto al templo de Hefaistos, proclamarían (no muy convencidos) que nadie discutía su importancia, por ser ese dios patrón del poderosísimo sector de los artesanos. Pero bien sabían, aunque quizá no lo expusiesen abiertamente, que el objetivo de Pericles era, precisamente, buscar lo que hoy llamaríamos una *unidad nacional*: hacer olvidar, o dejar en segundo plano, las divisiones sociales y profesionales inherentes a la sociedad de Atenas (él, al fin y al cabo, era un noble *eupátrida* que quería encabezar a los atenienses, empezando por el pueblo llano), y dirigir a todos hacia un verdadero culto a la *polis,* que la afirmase en la hegemonía indiscutible de toda Grecia.

Un edificio colosal

Para plasmar de forma visible tal ideal político. Pericles, íntimamente unido a Fidias, se había propuesto hacer un edificio colosal. Sus oradores, sabiamente aleccionados, comenzaron a exponerlo a los expectantes ciudadanos.

Desde la Pnyx, bien podían ver todos el triste estado de la Acrópolis: los Propileos habían quedado sin concluir, y estaban abandonados y medio destruidos. Tras ellos, todo lo que había era un yermo, del que surgían tan sólo las tristes ruinas del templo de Atenea Políade, la patrona de la ciudad, vieja imagen de madera de antigüedad inmemorial y reverenciada por todos.

Tras la invasión persa, lo único que se había acondicionado era una capilla para mantener su culto. En torno comenzaba a elevarse, eso sí, un bosque de estatuas, desolados caminantes en aquel desierto: eran las obras de Kalamis, de Mirón (incluido el grupo de *Atenea y Marsyas*) y de otros autores de su generación. Acababa de concluirse, bien es cierto, una obra que dominaba el conjunto y que incluso los navegantes divisaban desde el mar: era la broncínea Atenea Enhoplos, la que después se llamaría *Promachos*, exvoto levantado por Fidias en honor de la diosa por su ayuda prestada durante las Guerras Médicas. Y era desde luego un coloso que, con su base, alcanzaba los nueve metros de altura.

Pero ¿era tal monumento suficiente muestra de gratitud hacia Atenea salvadora de la patria? ¿Podía, sobre todo, el poderío ateniense soportar tal pobreza en su ambiente más sagrado? ¿No sería un desprecio a la diosa?

La respuesta, airada, no debió de hacerse esperar. Los más ancianos recordaban cómo en las Guerras Médicas, en el campo de batalla de Platea habían jurado todos los griegos no reconstruir jamás los templos destruidos por los persas. Así las generaciones futuras recordarían siempre la barbarie del invasor y mantendrían vivo por la eternidad el odio al bárbaro. Y la Acrópolis era precisamente el santuario en el que los persas más se habían cebado. Por tanto, ni soñar con recomponer el templo de Atenea Políade.

Era la reacción que esperaban, sin duda, los partidarios de Pericles, y la respuesta estaba preparada. Nadie pensaba en tocar la capilla de Atenea Políade ni ningún otro templo destruido. Eran otras obras las que se pretendía comenzar. Que recordasen esos mismos ancianos cómo vieron la Acrópolis en su juventud: tras la batalla de Maratón, habían comenzado a construir, con el botín tomado a los persas, unos nuevos propileos y, sobre el terreno que había ocupado el *Hekatonpedon* arcaico, un edificio nuevo, el que nosotros llamamos hoy *Primer Partenón*.



El Partenón visto desde su ángulo noroeste

Pero apenas se habían colocado los cimientos y los primeros tambores de columnas cuando llegaron los persas. Por tanto, no se podía decir que éstos hubiesen destruido nada. Casi habían destruido más Temístocles y Cimón cuando emplearon parte de las piedras preparadas para estos monumentos en reconstruir las murallas de

la Acrópolis. Además, en último término, el juramento de Platea se refería a los templos, y tanto el *Primer Partenón* como lo que ahora se pensaba construir, el Partenón, eran unos *anathémata*, unos donativos a la diosa por su apoyo a Atenas.

En cierto modo, se trataba de templos, desde luego, pero desde otro punto de vista, no. Para empezar, no tenían altar, y el edificio que se pensaba hacer más bien podía ser considerado como un verdadero estuche para una obra preciosa: una magnífica estatua, mayor aún que la *Promachos*, pues mediría unos 12 metros con su pedestal, que realizaría Fidias en marfil y oro: un verdadero regalo de agradecimiento a la deidad, y que nunca sustituiría en el culto a la venerable Atenea Políade.

Y es que en realidad la diosa se merecía, además del exvoto de bronce por las Guerras Médicas, un agradecimiento más particular de los atenienses por la que fue su gran batalla nacional, aquella en la que demostraron a todos los griegos que ellos sabían plantar cara, prácticamente en solitario, al poderío bárbaro: la batalla de Maratón. La iniciativa que en este sentido había supuesto el *Primer Partenón* debía ser llevada a feliz término, y constituir además una demostración de lo que Atenas podía, en la paz, realizar por sí sola en Grecia.

Pericles había sabido conjuntar perfectamente su ideal de engrandecimiento de Atenas con un *chauvinismo* latente en todas las ciudades griegas, pero que en Atenas venía siendo alentado, desde varias generaciones atrás, por el crecimiento de su economía y poder político. Ya muchos atenienses veían casi como una humillación el haber tenido que ser ayudados por gentes del Peloponeso en la Segunda Guerra Médica, y se sentían más cómodos con quien les recordase sólo la victoria de Maratón. Los fieles a Cimón, cuidadosos defensores de la unidad griega frente al persa, eran acallados a medida que el peligro bárbaro se iba viendo como menor y más lejano.

Por eso, cuando, como es lógico, se planteó el problema de los enormes gastos que el Partenón y su estatua supondrían, la respuesta estaba preparada: el tesoro de la Confederación de Délos, instalado en Atenas desde el 454 a. C. La Confederación había sido pensada para la guerra contra el persa, y la flota ateniense era ya más que suficiente para una eventual confrontación. Confrontación que ya sólo sería defensiva, pues al firmarse la Paz de Calias (precisamente en el 449 a. C.) quedaba en principio descartada una expedición para liberar a las ciudades jonias de Asia: éstas habían sido declaradas autónomas.

Por tanto, en opinión de Pericles, no tendría sentido una protesta de los miembros de la Confederación: si, a cambio de su tributo, todos estaban protegidos por la flota ateniense, ¿qué les importaba el empleo de los excedentes? No faltarían fondos para llevar a cabo sus proyectos, eso era lo principal.

Pero tampoco se despilfarraría, sabido es el pleito a que hubo de someterse Fidias para demostrar que no se le habían quedado entre las uñas limaduras del oro de la Parthenos Sabido es también que los arquitectos, Ictino y Calicrates, tuvieron que planear el edificio de forma que se utilizasen las piedras ya talladas para el *Primer*

Partenón. Todos los esfuerzos eran pocos para alcanzar el objetivo: hasta entonces, no se había levantado en toda la Grecia Propia una obra de tal envergadura. El edificio más grande construido hasta entonces, el templo de Zeus en Olimpia (terminado hacia el 456 a. C.), quedaba totalmente superado en tamaño y lujo de materiales.

Hemos de confesar que el Partenón siempre ha provocado en nosotros una mezcla de entusiasmo y de rechazo. De entusiasmo, fácil es comprenderlo, por lo que significa idealmente como representante de toda una cultura, y por sus magníficos logros arquitectónicos y escultóricos. No es cuestión de repetir aquí lo sutil de las curvas que cimbrean sus lineas horizontales, ni el grosor mínimamente aumentado en las columnas de las esquinas para que no parezcan más finas que el resto, ni sus iniciativas para la fusión de los órdenes dórico y jónico, ni su genial adopción —pionera en el mundo griego— de una visión interna del edificio. Tampoco podrían nuestras palabras reproducir las ondulaciones de las telas, el trote de los caballos o el ritmo progresivo y rítmico del friso y los frontones, o la estructura geométrica y dinámica a la vez de las metopas. Todas las alabanzas estéticas a los distintos elementos que nos han llegado, destrozados en ocasiones, serán siempre pocas.

Pompa oficial

Pero siempre nos queda, por detrás de todo este placer plástico, un cierto desasosiego. En primer lugar, por lo que el Partenón significa de crisis religiosa. Frente al recién citado templo de Zeus en Olimpia, con sus formas y esculturas pesadas, dignas y sencillas, a veces hasta la ingenuidad, el Partenón da un paso de gigante hacia la liberación del arte, hacia un naciente esteticismo: los finos pliegues, la brillante y salvaje carrera de algunos centauros, cautiva con su resplandor.

Pero esta liberación del arte con respecto a la religión es sólo, cuando se contempla la iconografía general del monumento, un espejismo: el arte ha pasado a ser siervo de otras ideas, y todo va abocado al canto de los griegos, y en especial de los atenienses, en su función guerrera. Las metopas muestran las luchas de los dioses contra los gigantes, de los lapitas contra los centauros, de los aqueos contra los troyanos y de los griegos contra las amazonas (según otros, de los atenienses contra los persas, pues los restos son muy escasos). Las mismas luchas se concentran en el escudo y hasta en las sandalias de la estatua de Atenea Parthenos.

Todo el friso es un canto a los ciudadanos atenienses, y en particular a su caballería de efebos, en las procesiones panatenaicas; en cuanto a los frontones, ambos con pasajes de la vida de la diosa, el occidental muestra el enfrentamiento de Atenea y Poseidón, y transcurre en el Ática entre deidades locales. Nunca hasta entonces en Atenas, ni en ningún lugar de Grecia, se habían concentrado en un

monumento tantas connotaciones nacionalistas y bélicas, junto a una visión tan teatral y retórica de lo mítico y religioso.

Por otra parte, en nuestra humilde opinión, al Partenón le sienta bien su ruina. Todos los intentos, en dibujos y maquetas, de reconstruir su aspecto tienen algo de decepcionante. Y no se trata sólo del colorido que, como sabemos, recubría la arquitectura griega, sino del tremendo recargamiento decorativo: los frontones son un profuso hormigueo de estatuas; el friso, se diga lo que se diga, era un lujo escultórico casi invisible, en la sombra, tras la columnata, y la estatua de Atenea Parthenos, recubierta de decoraciones esculpidas, como hemos dicho, desde los pies hasta la cimera del casco, era también, por la propia necesidad de su tamaño, una escultura demasiado rígida e inmóvil. A un escultor de la época ya debía de parecerle envarada, casi arcaica en su actitud. Todos los logros parciales, geniales en muchas ocasiones, se fundían juntos en una sensación aplastante de pompa oficial.



Atenea de El Pireo (copia romana de un original de Fidias, Museo Arqueológico Nacional de Atenas)

Probablemente era lo que deseaba Pericles. Y sabía lo que al griego de su época le gustaba: la prueba está en la *moda* que inmediatamente surgió de levantar estatuas de oro y marfil (Zeus de Olimpia, Hera de Argos, etc.), y en el éxito que, durante más de una generación, alcanzará la plástica fidíaca, servida por sus múltiples discípulos.

A nosotros, sin embargo nos agradan más las obras más puras, más limpias de decoración. En ese sentido, sentimos la más profunda admiración por la obra de los Propileos.

En el año 438 a. C. se ha concluido la obra arquitectónica del Partenón, para proceder a su inauguración. Se ha construido el tejado, bajo el que se protege la estatua, y están colocadas las metopas y el friso; sólo quedan por esculpir y colocar las estatuas de los frontones (obra que durará hasta el 432 a. C.). Muchos canteros y constructores se han quedado de nuevo sin trabajo, y la subida a la Acrópolis ya no soporta el constante trasiego de carromatos cargados de mármol.

Pericles considera llegado el momento de culminar su obra. El Partenón se merece un buen pórtico de entrada. Los viejos propileos, abandonados a medio realizar en el 480 a. C., han sufrido incluso con el constante paso de materiales. Un nuevo arquitecto, Mnesicles, sin duda discípulo de Ictino, será el encargado de hacer los nuevos.

Es una obra arquitectónica pura, sin adornos escultóricos —sin duda para no hacer sombra al Partenón—, en la que nuestro constructor multiplica soluciones brillantes a problemas excepcionales: es la tremenda obra de infraestructura para preparar el terraplén, el aspecto escenográfico y acogedor de la fachada, con la novedad de esas alas laterales que parecen animar al peregrino en su ascenso, la perfecta conjunción de columnas jónicas y dóricas, la complicación interna salvada con un exterior sencillo y, en el campo técnico, esos larguísimos bloques reforzados con barras de hierro para cubrir vanos hasta entonces inimaginables en un edificio de tales proporciones. Lástima que no llegase a acabarse la obra, debido a los acontecimientos políticos.

Al lado de esos dos grandes edificios, las demás creaciones monumentales fomentadas por Pericles quedan en un plano secundario. ¿Hubo una conciencia de *programa artístico* que las uniese a todas ellas? Honradamente, creemos que no: todo el programa artístico de Pericles se centraba en la Acrópolis, y allí es donde se multiplicaron las energías hasta el punto de dejar prácticamente abandonadas otras obras, como el citado templo de Hefesto.

Acaso uno de los problemas de Pericles y de Fidias era la escasez de escultores de gran altura. Al comenzar el Partenón, Fidias hubo de contratar a los marmolistas más variados, procedentes de toda Grecia, para que cada cual hiciera algunas metopas. Incluso alguno de los escultores de Olimpia parece que asistió, y es probable que broncistas como Mirón confeccionasen modelos.

Ya cuando comenzó a tallarse el friso, Fidias había logrado crearse un taller, y, mientras encargaba a artistas individuales los frisos este y oeste, podía realizar el septentrional y el meridional con sus equipos de discípulos más artesanales. Después, todos se concentraron en las obras de los frontones.

Ello explica probablemente el que, fuera de la Acrópolis, sólo se hiciesen en la ciudad de Atenas edificios relativamente simples, más bien obras de ingeniería; así hay que ver los arsenales de El Pireo, acordes con el deseo de mantener y acrecentar la hegemonía naval ática y tendentes, sin duda, a calmar las protestas de los aliados de la Confederación de Délos. O los largos muros entre Atenas y el puerto, encomendados a Calícrates.

Algo semejante ocurre con dos edificios bastante parecidos entre sí: el Telesterion de Eleusis (con planos de Ictino y Corebo) y el Odeón próximo al teatro de Dyonisos en Atenas, dos grandes edificios cuadrangulares sostenidos por varias hileras de columnas y destinados a contener mucha gente en reuniones mistéricas y certámenes musicales, respectivamente.

Hay quien ha pensado, al aludir a Telesterion, que las iniciativas de Pericles tuvieron dos focos sacros de atención: Atenea, la diosa de la ciudad, y Deméter, la diosa eleusina, patrona del más importante culto tradicional del Ática y señora de los misterios en los que casi todo ateniense se iniciaba.

Es posible, pero más bien cabría pensar que, al lado de Atenea, otras divinidades,

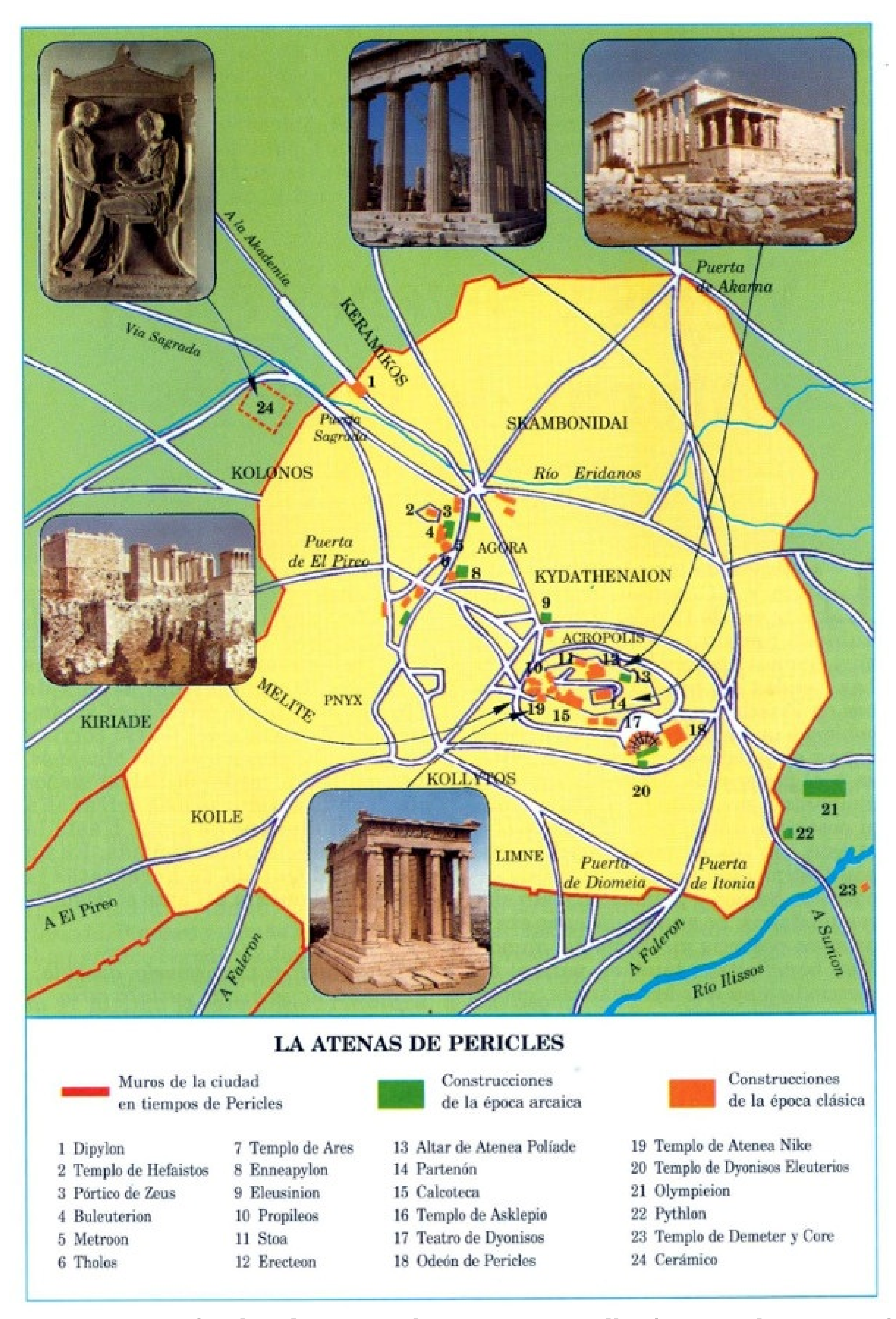
a lo largo y ancho del Ática recibieron el reflejo del bienestar general: fue el caso del Poseidón de Sunión, al que se levantó un bellísimo templo, con esbeltez jónica en sus columnas dóricas, y hasta hoy famoso por su magnífica situación frente al mar; fue el caso también de la Némesis de Ramnunte, diosa de la justicia vengativa que acaso se relacionó entonces con la victoria sobre los persas; o el de ese Ares, dios de la guerra, al que se levantó un templo de vida curiosamente viajera: en época romana se desmontó de su emplazamiento original en la aldea de Acharnae y se colocó en pleno Agora ateniense; o, finalmente, el templo casi desconocido de Deméter en Toricos, que también acabó trasladado cerca de la capital. Todos ellos muestran el tremendo vigor y pasión constructiva de la Atenas de Pericles, ayudada sin duda por los pequeños tesoros de los distintos distritos áticos.

El gusto por la plástica era tan grande que vinieron a instalarse en Atenas incluso grandes artistas de otros lugares. Tal fue el caso del escultor cretense Crésilas, conocido sobre todo por el retrato que hizo de Pericles, obra que se colocó en la Acrópolis y de la que sólo nos han llegado copias de la cabeza. Y lo mismo ocurrió con Policleto, máximo representante de la escuela de Argos, el cual debía ser ya conocido por sus teorías sobre las proporciones del cuerpo humano —y por su *Doríforo*, que las ejemplificaba— cuando se trasladó con su taller a Atenas. No intentaría, sin duda, intervenir en las obras de la Acrópolis, ya que, al ser broncista, su arte no parece haber tenido cabida allí, pero sí querría hacerse con la clientela particular que la riqueza ateniense iba propiciando; y fruto principal de esta estancia sería su *Diadúmeno*, donde la dulzura ática se infiltra ya en las potentes anatomías de la plástica argiva.

Consecuencias de su política

Fuese o no provocada conscientemente, una de las mejores consecuencias de la política de Pericles fue precisamente ese gran florecer de edificios y esculturas, que alcanzó a todos los límites del Imperio ateniense. Incluso para Efeso realizaron Fidias, Policleto y Crésilas sus famosas *Amazonas*.

Pero hay que dejar clara constancia de que el final de todo este esplendor era también una de las lógicas consecuencias del proyecto. Entusiasmados por su propio poder, con ciega confianza en la bélica Atenea y en sus propias naves, los atenienses se lanzaron a una guerra suicida contra Esparta. Lo hicieron, simbólicamente, cuando colocaban las últimas estatuas de los frontones del Partenón. Las necesidades bélicas impidieron dar los últimos toques a los Propileos.



Arriba, izquierda, estela funeraria de Hegeso, procedente del Cerámico, hacia finales del siglo V a. C. (Museo Arqueológico Nacional de Atenas); centro, esquina noroeste del Partenón; derecha, vista del Erecteon. Centro, los Propileos de la Acrópolis. Abajo, templito de Atenea Nike, en la Acrópolis.

Pronto empezarían las derrotas y la peste que se llevó a Pericles y, quizá, a Mnesicles, cuando ya Fidias, Ictino, Policleto y tantos otros habían huido de la ciudad enfebrecida. Grecia se desgarraba e, ironía del destino, aquel templo diseñado como trofeo de victoria contra Persia y desdeñado por Pericles, el de Atenea Nike, acabaría

construyéndose para conmemorar alguna de las escasas victorias atenienses contra su vecina Esparta.

Viejos y jóvenes en la Atenas de Pericles

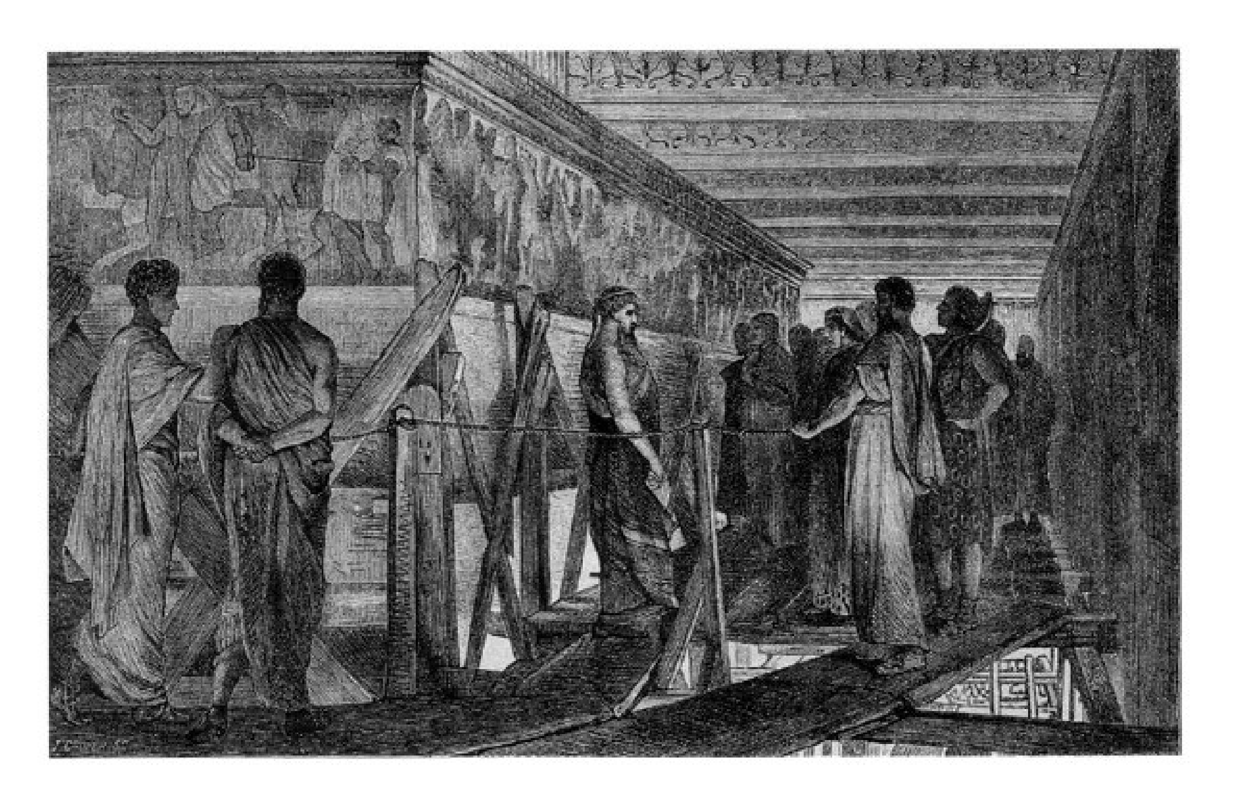
Antonio Blanco Freijeiro
Real Academia de la Historia

La década de los años 50 a 40 del siglo V a. C. señala el esplendor de la era de Pericles. Un niño que hubiese nacido en ella conservaría muy buenos recuerdos de su infancia. Las riendas del poder estaban en manos de Pericles; no había más ni mejor gobierno que el suyo; ya pocos se acordaban de Arístides el Justo. La riqueza y el poderío de Atenas crecían por momentos: dos grandes colonias, una al oeste, en Italia, la de Turios, y otra al este, en Tracia, la de Anfípolis, daban testimonio de su capacidad de expansión. Samos y Bizancio habían sido conquistadas; no en vano Atenas era la primera potencia marítima del mundo. Muy beneficiosas también para el comercio habían sido las alianzas concertadas con la colonia corintia de Corcira (Corfú), en la ruta de Italia y a la entrada del Adriático, también con Regio en la punta de la bota de Italia, y con Leontinos, en la isla de Sicilia.

Dentro de la ciudad misma se desarrollaba una actividad febril. La Acrópolis estaba cobrando un aspecto completamente nuevo, gracias a Fidias y a sus más directos colaboradores. El maestro estaba dando un nuevo semblante, un nuevo contenido, a las imágenes de los dioses. *Añadió algo a la religión tradicional*, se diría más tarde de él, y no era él solo el que con el pretexto de la ética o del arte estaba minando —dirían los tradicionalistas— los cimientos de lo hasta entonces consagrado. Sus esculturas hacían parecer muy antiguas y artificiosas las que pocos años antes se habían hecho para Zeus en Olimpia. Al lado de la naturalidad las suyas, las figuras de Olimpia parecían envaradas y acartonadas como los personajes del drama de Esquilo. Pero, a qué extrañarse, si también por la escena del teatro corrían aires nuevos: personajes más humanos, más naturales, modos de hablar menos afectados, vestiduras más cercanas a las del ciudadano de a pie. Hasta la música parecía conmocionada. En un pasaje del *Quirón* de Ferécrates la Música se lamenta así ante el trono de la Justicia.

Te contaré; es un consuelo, querida,
contártelo; sé que te gustará oírlo.
La cosa empezó con Melanípides;
fue mi primero; me cogió a placer,
y me dejó fláccidas todas las cuerdas. Aun así,
no estaba mal, comparado con algunos otros.

El siguiente fue aquel ateniense —¡Dios
[lo confunda!—,
Cinesias, con sus contorsiones y su verso,
desacompasado de la música. Destrozada
[me dejó.
En sus ditirambos la derecha parece
la izquierda, como soldados de pies fríos.
Pero vaya, aún lo aguantaría,
[pese a todo…



Fidias trabajando en las esculturas del Partenón (por Alma Tadema, siglo XIX)

¡Pobre Cinesias! El lírico más delicado de la Atenas del siglo V denostado así por la Música.

Si el niño imaginario de que estamos hablando hubiese nacido en el seno de una familia culta, residente en el campo, como la de Pericles, hubiese adquirido una

buena educación literaria, lo que entonces equivaldría a un aprendizaje a fondo de Homero, Hesiodo, Píndaro y demás líricos —todo el magnífico legado de Jonia— más lo que la tragedia ática había producido en el último medio siglo. Hubiera aprendido también a comportarse de un modo algo anticuado, cortés, señorial, comedido. El respeto a los ancianos y a la religión tradicional formaban parte, asimismo, del bagaje de ese niño.

Esta juventud ateniense, orgullo de la ciudad, desfila a pie, a caballo y en carro, de la mano de Fidias, por el friso del Partenón. Nunca otra juventud fue exaltada con tanto entusiasmo y tanta nobleza.

La nueva educación

Un niño criado en el campo a la manera tradicional que se trasladase a la Atenas de Pericles se encontraría allí con algunos de su misma edad, pero de muy distintos criterios y modales. Para éstos la moral carecía de contenido, la vejez era una situación lamentable y despreciable. Su ignorancia de Homero y de cuanto oliese a literatura sorprenderían al recién llegado. También le sorprendería la cantidad de conocimientos, totalmente extraños para él, en que estos coetáneos suyos estaban muy impuestos: cuestiones legales, procesales, políticas (más de intriga política que de alta política), financieras, ideas y creencias —o no creencias— que los maestros de la sofística les habían inculcado. Desconocían el significado de palabras y expresiones frecuentes en Homero, no sabían cantar siquiera las canciones más populares de Alceo y de Anacreonte, sino que hablaban de un modo extraño, con palabras aprendidas de los rectores o con expresiones ideadas por los elegantes como Alcibíades. *Los Daitales*, primera comedia de Aristófanes, perdida en su casi totalidad, tenía como personajes principales a un padre que educa a uno de sus hijos en el campo y al otro en la ciudad; y en uno de los fragmentos conservados, este último discute con su padre los extremos de su educación, valiéndose de palabras y expresiones afectadas que siempre imitan el lenguaje de algún elegante (*kalokágathos*).

Los maestros de este sector de la juventud, los sofistas, maestros caros sólo al alcance de los muy acomodados, no ocultaban que su enseñanza de todas las ramas del saber hacía del hombre un ser superior, el *sophós* —que hoy llamaríamos intelectual, mejor que sabio— dotado de unas facultades y de unos conocimientos prácticos que le permitían adquirir y ejercer el poder sobre los demás en cualquier esfera. El ejemplo clásico del virtuosismo sofista es que dos de sus representantes, Gorgias e Hipias, se comprometiesen a improvisar un discurso sobre cualquier tema que les fuera propuesto.

Los escenarios más usuales de este encumbramiento eran los tribunales de justicia

y la asamblea de ciudadanos. Allí, el hombre educado podía demostrar su capacidad de hacer de lo blanco negro o viceversa, de salvar o condenar a un procesado, de defender la causa de la paz o de la guerra, de la justicia o de la injusticia. Lo importante era ganar. La disputa entre la causa justa y la injusta en *Las nubes* de Aristófanes nos ilustra cumplidamente al respecto. Como afirmaba Trasímaco, *justicia es lo que beneficia al más fuerte*.

Aunque había seguido después otras vías de conocimiento, Sócrates, el filósofo, recordaba en sus postrimerías el entusiasmo con que se había entregado al estudio de la Filosofía de la Naturaleza en sus años mozos.

Cuando yo era joven, Celes, tenía un enorme afán de aprender esa ciencia que llaman estudio de la naturaleza (perí physeos)*. Me parecía espléndido saber las causas de cada cosa: por qué cada cosa nace, por qué muere, por qué existe… (*Platón*. Phaedo 96a).*

Sócrates había nacido el año 469 a. C., cuando aquella ciencia estaba en su apogeo. También Pericles, aunque de la generación anterior, había hecho aquel aprendizaje. Pero ya en la segunda mitad del siglo, la retórica había llevado al saber por otros derroteros, y la afirmación de Protágoras, el más formidable de los sofistas, *El hombre es la medida de todas las cosas (ánthropos métron)* había hecho mella en la ciencia de la naturaleza, obligándola a tocar fondo. Una corriente de escepticismo y de cinismo empieza entonces a corroer las entrañas de la espiritualidad griega. El espíritu de confianza en la capacidad del hombre de crear un mundo mejor para todos mediante el ejercicio de la inteligencia y de las manos, el espíritu que anima la obra de Esquilo, de Heródoto, de Sófocles y de Eurípides (éste en su primera época), de Pericles y de su círculo, va viéndose subvertido por el pragmatismo egoísta y falaz de que hace alarde la sofística. El cambio experimentado por Platón, entre el entusiasmo de sus primeros años y su inquina contra los sofistas de los últimos, puede valer como exponente de lo sucedido.



Eurípides (Museo del Louvre, París)

Es curioso que ninguna de las grandes figuras de la sofística del siglo V, desde Hipias —el que cobraba más altos honorarios, según él mismo— hasta Pródico de Queos, fuese ateniense, aunque todos hubiesen pasado por la ciudad y enseñado en ella. Lo más parecido que Atenas podía exhibir era el filósofo Sócrates, pese a ser

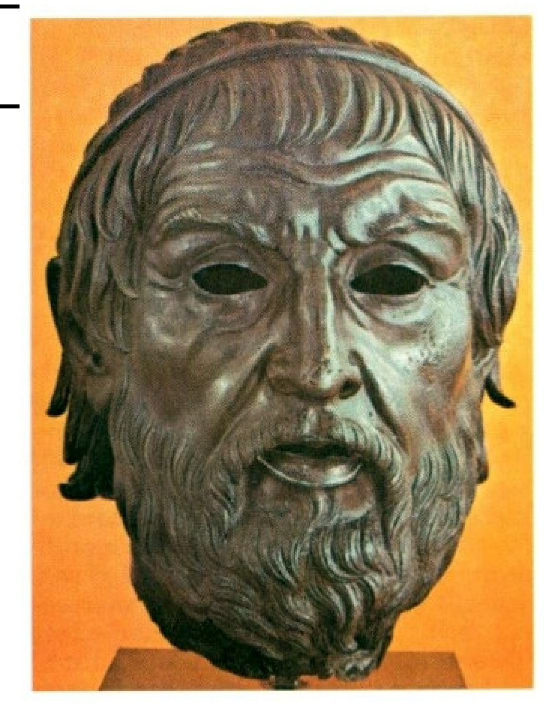
también lo más opuesto. Sócrates se asemejaba a ellos en ciertas apariencias: su calidad de maestro de jóvenes, en unión de los cuales comía modestamente, vivía pobremente y reflexionaba y discutía de todo lo divino y lo humano, excepto —apostillaba el malévolo Eupolis— de cómo ganar lo suficiente para comer. Sócrates, en efecto, no cobraba emolumento alguno por su labor didáctica; nunca se pudo decir de él lo que el mismo cómico decía de Protágoras:

Que presume de hablar el granuja
sobre las cosas celestes,
pero come las terrestres.

Hablar de las cosas celestes, tratar de discernir las causas de los meteoros —la formación de las nubes (únicas diosas que Sócrates reconoce como tales en la caricatura que de él hace Aristófanes en *Las nubes*), la lluvia, el trueno, el relámpago de los eclipses, del movimiento de las esferas, etcétera, estaba considerado por el vulgo como demostraciones de impiedad, como un querer fisgar en los arcanos de los dioses, en cuestiones de su exclusiva competencia. La lluvia, el trueno y el relámpago ¿no eran manifestaciones de Zeus? *Zeus llueve*, se decía. ¿A qué inquirir más? En tiempos normales, la cuestión no pasaba a mayores, pero en horas difíciles y tensas podía adquirir otro cariz. La representación de *Las nubes* no le produjo a Sócrates, de momento, ningún disgusto, pero el recuerdo estaba en la mente de todos con ocasión del proceso que le costó la condena a muerte veinte años más tarde. Anaxágoras fue expulsado de la ciudad en tiempos de Pericles, y sin que éste pudiera impedirlo, por sostener que el sol no era más que una piedra incandescente, y lo mismo Protágoras en el 411 a. C., por exponer en su discurso *Sobre los dioses* el audaz pensamiento de que *acerca de los dioses no tengo en todo caso posibilidad alguna de comprobar que existen ni que no existen, ni cómo es su figura pues muchas son las cosas que estorban el saberlo, la falta de percepción y la vida del hombre son breves*. Si no la vida, la condena por *asebeía* que sufrió Protágoras en Atenas le costó por lo menos la quema en el Agora de aquella obra y quizá de alguna otra.

Mayor recelo que sus incursiones en las esferas de los dioses y de las cosas celestes infundían al vulgo las escuelas de los sofistas por sus pretendidas facultades de formar oradores tan hábiles, que eran capaces de ganar cualquier pleito, a favor o en contra de la justicia. Se trata, en el fondo, del concepto que el vulgo de todos los tiempos ha tenido de lo que él entiende por un buen abogado. Esto es lo que el viejo Diceópolis quería llegar a ser, si su hijo se negaba a dejarse educar por Sócrates: un experto en dialéctica con capacidad de librarse de sus acreedores. Los *Diálogos* de Platón demuestran que Sócrates realizaba a veces ejercicios dialécticos como manifestación de su ironía, y éstos se prestaban a esa interpretación caricaturesca que los cómicos hacían de ellos, pero nunca con el cinismo ni con los fines a que Diceópolis aspiraba.

Los intelectuales


Sófocles (Museo Británico, Londres)

Fundado en estas creencias, el vulgo ateniense adquirió una cierta aversión a los *sophoí* y una disposición a cortarles las alas por querer ser más *listos que las leyes*. Los políticos de oficio atizaban este fuego, halagando a la masa al mismo tiempo con sugerencias como éstas: los ignorantes y estúpidos gestionan los asuntos de Estado mucho mejor que los cultos e inteligentes. Estos pronuncian unos discursos muy bonitos, pero carecen de sentido práctico (lo que Indalecio Prieto reprochaba a Ortega, tras un discurso de éste: *Bonito como una corbata*). Los intelectuales no entienden el mundo de la realidad, hecho de fuerza y de miedo: *Vuestros aliados* —decía Cleón a los atenienses— *no os secundan por amor, sino por miedo. Haced pues que ese miedo sea el mayor posible. Los intelectuales están siempre en la nubes apelando a la comprensión, a la belleza de lenguaje, a la generosidad, los tres peores enemigos del Imperio. Si quieren practicar la virtud, que lo hagan, pero que lo hagan en el vacío, renunciando a la política*.

Uno de los intelectuales que en efecto renunció a la política activa fue Eurípides, pero esa renuncia no le impidió alcanzar éxitos tan espectaculares, desde el escenario del teatro, como el de salvar a Atenas de la destrucción a que querían someterla los confederados del Peloponeso, si no lo hubiese impedido la delegación de Esparta tras presenciar la representación de su *Electra*.

Para situar a los tres grandes trágicos en el tiempo de la historia, decían los antiguos que el día de la batalla de Salamina (480 a. C.), Esquilo había combatido como hoplita, Sófocles cantado el peán de la victoria en el coro de los efebos y Eurípides venido al mundo entre los refugiados en la isla. Tal vez, esto último no sea exacto, pero merecería serlo, porque los dos primeros trágicos eran ya hombres muy maduros en la era de Pericles, mientras Eurípides estaba aún, como Sócrates (diez años más joven), en edad de integrarse en la primera generación de los formados en la sofística. Eurípides representa cabalmente a la ilustración griega en el escenario del teatro; todos sus problemas, todas sus inquietudes. *Sócrates ponía la leña, pero Eurípides encendía el fuego*, se decía de ellos. Sócrates, en efecto, bullía mucho por Atenas acosando a la gente a preguntas, pero no tenía ocasión de llegar a un auditorio de decenas de miles de oyentes, que sentados y atentos durante horas, arrullados por la musicalidad de sus versos y de sus melodías, se dejaban adoctrinar sobre cuestiones tales como la naturaleza de los dioses, el puesto del hombre en el cosmos,

la espiritualidad de la mujer y sus derechos, la naturaleza frente a la tradición, todos ellos temas innovadores y, por tanto, desagradables para los viejos, empeñados en mantener los dioses, las leyes y los principios de la ética (respeto a los ancianos, obediencia a los padres, etcétera), tal y como los habían heredado de sus mayores.

Salvaguardia de esa tradición era la comedia, con los viejos como protagonistas permanentes, o casi permanentes, y por ende no es de extrañar que al igual que Sócrates también Eurípides fuese puesto en la picota por los cómicos. Su caso, sin embargo, es distinto al de Sócrates y de consecuencias menos graves. Eurípides se ausentó de Atenas y no regresó a ella, pero no murió víctima de un crimen de Estado, sino tal vez de un accidente de caza, provocado por los perros de Arquelao de Macedonia, en cuya corte vivía el dramaturgo (año 406 a. C.).

Muerto ya Eurípides, Aristófanes llevó a escena *Las ranas*, una obra maestra del más grande cómico de Atenas y una prueba palpable del altísimo nivel cultural alcanzado por el pueblo, pues de otro modo no se concibe que una obra de crítica esencialmente literaria pudiera no sólo llevarse a escena sino alcanzar el honor de haber llenado por dos veces el enorme Teatro de Dyonisos. Hay muchas pruebas de hasta dónde alcanzo el largo brazo de la Ilustración, pero ésta es una de las más convincentes.

Un gran helenista británico, Gilbert Murray, escribía a propósito de la relación de Aristófanes con Eurípides.

Es difícil para nosotros, y hubiera sido difícil para Aristófanes mismo, decir exactamente qué sentía hacia Eurípides y hacia su poesía. Desde luego, estaba fascinado por ella. Obsesionaba su memoria y su imaginación, y la parodiaba con un encanto y una habilidad que demuestran su gozo y su comprensión.

Y al mismo tiempo es casi seguro que no la aprobaba, o que por lo menos se sentía obligado oficialmente a desaprobarla, igual que desaprobaba a Sócrates y al movimiento sofístico en general, y todas aquellas tonterías acerca de las mujeres… aunque, naturalmente, si las mujeres se salieran con la suya, Grecia podría salvarse. Y así escribe *Las nubes*, y la *Lisístrata*, y estudia a Eurípides con diligencia hasta que un cómico rival, Gratino, hace burla de él en el mismo estilo refinado, epigramático, superintelectual, y acuña la palabra euripidaristofanismo.

La muerte de Eurípides, seguida a los pocos meses de la de Sófocles, dejó en Atenas un vacío tan grande, que Dyonisos, el dios del teatro, decide bajar al Hades a buscar al más joven y divertido de los dos. Este es el argumento de *Las ranas*: el viaje de Dyonisos al Hades para rescatar a Eurípides. Tras los preparativos y consultas preliminares, Dyonisos llega a su destino en el momento en que se va a iniciar un *agón* (certamen) entre Esquilo y Eurípides. Dyonisos se brinda a actuar de juez y manda que le traigan incienso y fuego para suplicar a los dioses que el torneo se haga con equidad:

Dyonisos.—*Orad también los dos antes de decir los versos*.

Esquilo.—*Deméter, creadora de mi espíritu, sea yo digno de tus misterios*.

Dyonisos.—*Toma incienso tú también y reza*.

Eurípides.—*Gracias, otros son los dioses a quienes yo imploro*.

Dyonisos.—*¿Dioses particulares tuyos, moneda nueva?*

Eurípides.—*Ya lo creo*.

Dyonisos.—*Bien, pues reza a esos dioses particulares*.

Eurípides.—*Éter, alimento y soporte de mi lengua, intelecto, narices de fino olfato, que pueda yo rebatir con acierto los argumentos que contra mi se esgriman*.



Flautista del trono Ludovisi, hacia el 460 a. C.
(Museo Nacional, Roma)

El certamen continúa. Los dos dramaturgos se critican mutuamente: estilo general, ideología, prólogos, métrica… Esquilo alardea de haber estimulado a sus conciudadanos a empuñar las armas y emular las virtudes de los héroes de antaño; de no haber sacado nunca a escena a Fedras, ni a Estenobeas, ni, por supuesto, a ninguna mujer enamorada.

Dyonisos, indeciso, se resiste a pronunciar el veredicto. Sólo cuando Plutón le insta a hacerlo, se decide por Esquilo, no sin reconocer que también ama a Eurípides y quisiera ser amigo de los dos. Al fin, será Esquilo quien vuelva a Atenas.

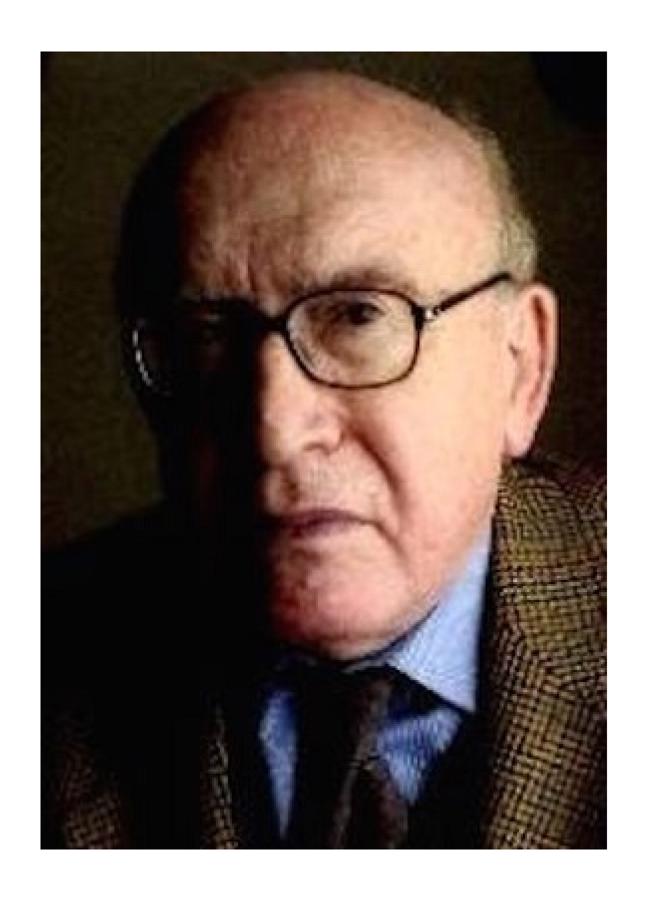
A partir del verso 1109, el coro de *Las ranas* da a entender que la comedia no va a ser un fracaso, como lo fueron *Las nubes* veinte años antes, pues el nivel intelectual del público ha subido hasta tal punto, que se puede calificar a los espectadores de *sophoí*, como se hace en el último verso.

Si teméis que una cierta estupidez impida
a los espectadores que las
sutilezas comprendan de los que hablan,
desechad ese temor, que en modo alguno
[están así las cosas.
Pues están ejercitados,
y cada uno con su libro entiende lo que
[es buen gusto;
son naturalezas superiores, por lo demás,
y ahora están aguzadas.
No temáis, pues, y abordad todos los
temas a debatir, porque los espectadores
[son ilustrados (sophoí).

Y, en efecto, si un drama basado en un debate de crítica literaria, agradó tanto al público que éste exigió una segunda representación, la ilustración en Atenas había trascendido a una gran parte de la población.

Bibliografía

- C. M. Bowra, *La Atenas de Pericles*, Madrid, Alianza, 1974.
- J. K. Davies, *La democracia y la Grecia clásica*, Madrid, Taurus, 1981.
- J. Gregor, *Pericles, grandeza y tragedia de Grecia*, Barcelona, Iberia, 1944.
- L. Homo, *Pericles, une experience de democratie dirigée*, París, 1954.
- R. Meiggs, *The Atenean Empire*, Oxford UP, 1972.
- C. Mossé, *Historia de una democracia: Atenas*, Madrid, Akal, 1981.
- Francisco Rodríguez Adrados, *La democracia ateniense,* Madrid, Alianza, 1975.

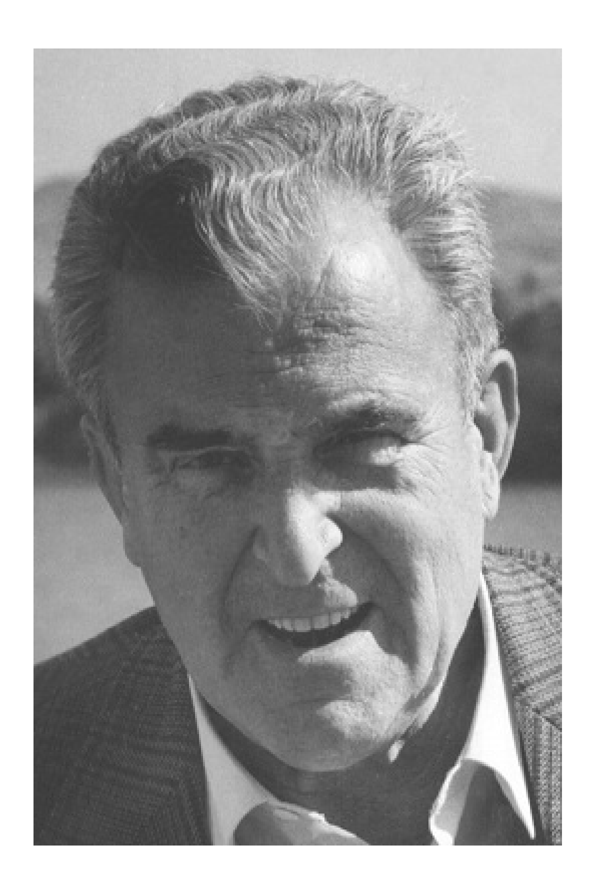


MARTÍN RUIPÉREZ SÁNCHEZ (Peñaranda de Bracamonte, 11 de abril de 1923 - Madrid, 2 de julio de 2015) fue un filólogo clásico español.



MIGUEL ÁNGEL ELVIRA BARBA (Madrid, 1950) es un historiador, catedrático,

escritor y fue director del Museo Arqueológico Nacional en Madrid.



ANTONIO BLANCO FREIJEIRO (Marín, Pontevedra, 6 de septiembre de 1923 - Las Rozas de Madrid, Madrid, 6 de enero de 1991) fue un historiador y arqueólogo español.